

LAS RUINAS

DE

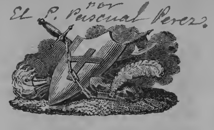
Munsterhall.



Recalimento

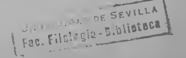
EL
HOMBRE INVISIBLE,
Ó LAS RUINAS
de Munsterhall.

Novela histórica original del tiempo de las Cruzadas.
por
El P. Pascual Perez.



Valencia:
Imprenta de Cabrerizo.

1833.



INTRODUCCION.

Entrar elogiando una obra en su principio, es necia é insufrible vanidad: alabar el asunto de ella, creo podrá hacerse sin incurrir en la nota de presuntuoso. Hay mérito en los asuntos, y le hay tambien en el modo de tratarlos. El escritor puede recomendar los primeros, al paso que decidir del segundo toca al inteligente lector.

El asunto de la presente novela es recomendable en sí mismo, pues versa sobre los hechos y épo-

cas que mas interesan la curiosidad, por los rasgos de heroismo y hazañas ilustres y caballerescas de que abundan, cuales son los tiempos de las Cruzadas.

He notado leerse con preferencia los romances sacados de las historias de la edad media, y cebarse los lectores con mayor placer en las temerosas descripciones de subterráneos, misterios y edificios góticos, que en las que versan sobre distintas materias; y aunque esta casi general aprobacion del gusto no fuera suficiente á inclinarme á este género de romance, bastaria á decidirme el juicio de Chateaubriand

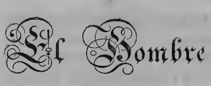
en su Genio del Cristianismo. *Es muy digno de notar, dice este célebre escritor, que nuestros poetas y romanceros por un retorno natural á las costumbres de nuestros mayores, se complacen en introducir en sus ficciones espectros y fantasmas, un subterráneo, un templo gótico etc. Tanto encanto hay en las cosas que dicen relacion con las costumbres antiguas y con la religion.*

En la universal inundacion de novelas que cubre actualmente la Europa, han quedado tan agotados los recursos en especial desde la aparicion de los sublimes genios del romance D'Arlin-

*court, Fenimore Cooper y Walter-Scott, que parece extraño haya quien se atreva á repetir malamente lo que está bien y muchas veces escrito. **Mas** á la turba de autores adocenados nos queda el único medio de evitar á los lectores el fastidio de leer segunda y tercera vez un mismo romance cubierto con distinto trage, y es introducir personages incógnitos, y valernos del atractivo del misterio. El que acostumbrado á hojear novelas emprenda la presente, tal vez no sentirá el tedio de tres ó cuatro horas de lectura con el ansia de llegar al desenlace, y al conocimiento del per-*

sonage misterioso que figura en ella; pues tal creemos será el habitante de las RUINAS DE MUNSTERHALL.

Ultimamente, para los aficionados á la historia se reservan los detalles de la sexta Cruzada, que comprende el sitio y toma de Damieta; advirtiendo que aunque intervienen en ella personages supuestos, en nada se ha alterado la verdad de los hechos. Es cuanto creí digno de prevencion.



INVISIBLE.

CAPITULO PRIMERO.

MARGARITA.

Conmovida se veia toda la Europa con el glorioso espectáculo de la triunfante vuelta de los Cruzados, acabada la dificil y arriesgada expedicion tan felizmente terminada, humillado el orgullo del

islamismo, ondeando el pabellon cristiano sobre las torres de Damieta, y extendido el terror desde el Líbano hasta las bocas del Nilo. Cubiertos los caminos de tropas de vencedores, volaban estos guerreros á buscar la recompensa del valor en la gloriosa acogida de sus soberanos, en los elogios de sus compatriotas envidiosos de su suerte, y en los brazos de sus esposas é hijos. El amor, la alegría y la paz los aguardaban; ya se veia una madre salir desalada al camino á recibir al hijo de sus entrañas, precipitarse en sus brazos, y besar las cicatrices de las heridas que en defensa de la

religion y en honra de su profesion recibiera: ya una esposa tierna confundir sus arrebatos de gozo y ternura en el seno de su esposo, á quien mas de una vez lloró víctima de su ardor y bizarría; ya una jóven amante con el corazon palpitando de temor y de esperanza, aguardar impaciente y trémula que su complaciente madre le participase el arribo de su enamorado y valiente paladin, y aun mas la constancia de su pasion, temblando de oir que le hubiese arrebatado el corazon destinado para ella alguna de las delicadas y ardientes beldades del oriente; ya un hijo pequeño abra-

zar las rodillas del autor de sus dias, y entusiasmarse á la vista de las armas ennoblecidas con el sagrado uso en que fueron empleadas; ya... mas entre el júbilo y regocijo universal aun existian corazones, á quienes el triunfante retorno de los Cruzados cubrió de luto y desolacion.

¡Tierna y sensible Margarita! tú en medio del general contento y regocijo llorabas la pérdida de tu jóven amante, á quien una temprana muerte arrebató en medio de sus triunfos, acompañándole á la tumba las bendiciones de los cristianos, y la admiracion de los infieles. Los muros de la soberbia

Damieta fueron testigos de su valor, la torre de Tanis teatro de su bizarria, hasta que arbolado el estandarte de la cruz sobre sus encumbradas almenas, y abierto el paso á los vencedores, cayó de la altura de la plataforma hasta el Nilo, cuyas hinchadas ondas le sepultaron para siempre en su seno. Esta fue la relacion que el escudero del gallardo y jóven Adolfo caballero Frison hizo de su catástrofe á la bella Margarita hija del baron de Steenhausen, castillo feudal situado en los confines de Wesfalia y Frisia, y esposa prometida á aquel valiente y desgraciado guerrero como recompensa

de sus hazañas, y premio el mas dulce de su temprano valor. A las primeras noticias de la vuelta de los Cruzados el amable y tierno corazon de la doncella palpitó de alegría y de esperanza; la soledad se convirtió en vergel de delicias, y su delicada voz que en mucho tiempo no se dejára oir, volvió á encantar acompañada del arpa el castillo y sus alrededores. Desde entonces se la veia todos los dias en la atalaya, tendiendo sus hermosos ojos ya por el camino que al traves de altas montañas y espesos bosques conducia al castillo, ya por el mar cuya estension medía ansiosamente con la vista, li-

songeándose á cada bajel que se descubria en el horizonte le traia el inestimable tesoro por quien tanto suspiraba. Tal vez divisaba á lo lejos por la parte de tierra un grupo de caballeros, cuya luciente armadura despedia viva lumbre herida de los rayos del sol: al acercarse distinguía sobre sus corazas la cruz roja; mas ¡ay! su corazon no palpitaba y se mantenia mudo. Llegaban los caballeros pidiendo hospitalidad, y eran acogidos con magnificencia y afecto por el anciano padre de Margarita entusiasta del valor caballeresco. Los salones góticos de Steenhausen resonaban con la his-

toria de las hazañas de los Cruzados, escuchándolo Margarita con toda el alma en los oidos. Alguno ignorando el interes de esta jóven, se complacia en referir extensamente las del invencible Adolfo; mas sin que pudiese darle nuevas de su persona á quien dejaba todavía en el sitio de Damieta, por haber sido de los primeros que regresaron á su patria antes de la total rendicion de aquella fuerte ciudad. Amaneció por fin un triste y nebuloso dia: el mar embravecido se estrellaba con furor contra los fundamentos del castillo; espesos nubarrones aparecian en largas hileras por el horizonte, y

sobre su obscuro fondo blanqueaban algunas gaviotas y otras aves marítimas lamiendo la espumosa superficie de las aguas. Un navío cubriéndose con sus redondas velas cruzaba á corta distancia, y en los terribles y repetidos balances que alternativamente le hacian aparecer y desaparecer entre los montes de agua, se manifestaba el peligro de su inminente naufragio. Margarita inmóvil y silenciosa contemplaba desde lo alto de la atalaya el triste espectáculo que tenia á la vista, y un impulso de compasion le llenó de lágrimas los ojos, reflexionando las angustias de aquellos infelices na-

vegantes con la presencia de la horrorosa muerte que les aguardaba por momentos. ¡Ah! no sabia aun cuánto debia interesarle la suerte de la desgraciada tripulacion de aquel buque desconocido. Mas un pensamiento asalta su corazon. No hay duda: alli va su amante: aquella nave le trae su mas dulce esperanza.... y solo se la muestra para arrebatársela con mayor crueldad.... Sí.... para venir á perecer á la vista de su patria, ha escapado de mil riesgos en el viage, y se ha librado del furor y de la cimitarra de los infieles.... Esta reflexion va poco á poco ahondando en su imaginacion

hasta el punto en que una montaña de agua bramando se desploma sobre el buque que ya veia cercano, y le sepulta en su seno.

— »¡Ay, Adolfo!" grita Margarita, y cae desmayada.

La noche habia extendido su nebuloso y húmedo velo sobre la tierra, y ocultado el horror de la tempestad; mas el estruendo ronco del mar todavía agitado, se dejaba oir mezclado con los lúgubres ayes de las aves nocturnas que anidaban en el hueco de los peñascos, cuando la infeliz Margarita volvió del parasismo. Sus primeras percepciones fueron débiles é inconexas. Advirtiendo es-

tar en un lecho, y recordando luego la escena del dia anterior, túvola por efecto de un sueño triste producido por su acalorada fantasía. Abrió lentamente los ojos, y recorrió los objetos que la rodeaban. Su padre permanecia sentado á la cabecera con la vista fija en el rostro de Margarita, manifestando el afan mas vivo y cuidado mas tierno, y como si de la de su hija estuviese pendiente su existencia. Solo le distraia por un momento la atencion con que escuchaba á un desconocido situado del otro lado de la cama, en cuyo rostro afligido estaba pintado el terror y espanto. En el instante

que Margarita volvió en sí, el baron de Steenhausen estaba absorto enteramente en la relacion del desconocido, y como ningun movimiento acompañó aquella reaccion de la naturaleza, la desmayada doncella recobró el uso de sus sentidos mucho antes que se apercibiesen de ello su padre y el estrangero. Este hablaba con energía y precipitacion: Margarita le miró, y quiso reconocer sus facciones; mas iluminando solo parte de ellas la luz encendida en la sala, no pudo ayudar á su memoria en el reconocimiento. El estrangero parecia tener de cuarenta á cincuenta años: sus cabellos

grises indicaban mas el sello de las fatigas y trabajos que el de los años, y al parecer referia al baron algun naufragio.

— »Por fin, decia aunque en voz sumisa cuando Margarita se recobró, fueron inútiles los esfuerzos de los marineros: el huracan deshizo las velas y se llevó el palo mayor; tres dias hemos corrido á merced de las olas aguardando cada instante la muerte; y solo una providencia visible del cielo nos ha preservado del naufragio. Un golpe de mar nos arrojó á la costa, y por fortuna ninguno pereció. Aqui la traigo, aunque mojada y apenas legible, y

por ella vereis la causa de no haber cumplido su palabra."

Dijo estas palabras sacando un papel húmedo todavía y entregándolo al baron de Steenhansen. Este miró á su hija al ir á recibirle, y quedó atónito al ver sus ojos abiertos y fijos en el desconocido.

—»Hija mia, exclamó inclinándose á ella con el acento de la alegría, aunque moderado por la calma propia de su carácter ageno de toda sensacion violenta, y mas propenso á la frialdad en asuntos que no dijesen relacion con hazañas y valor caballeresco. El desconocido acompañó al baron en su sorpresa, y esta le hizo variar

de postura dando el rostro de lleno á la luz, lo cual visto por Margarita, vuelta á su padre le preguntó con voz débil:

— »¿Es Everardo, padre mio?"

— »Sí, querida; mas tratemos de tu recobro ante todas cosas."

— »¿Y Adolfo?"

— »Señora, aqui os traigo carta suya:" respondió el estrangero inclinándose con respeto.

— »¿Y el anillo?" repuso Margarita con viveza.

— »No, hija mia, no está en su poder, contestó el baron, prosiguiendo sin detencion vuelto á Everardo. Retiraos á descansar; y tú atiende solo á tu salud que

tanto interesa á tu padre."

La tierna Margarita le dió una dulce mirada como asegurándole nada tenia que temer, y solo le dijo:

— »Explicadme, padre mio, el motivo de hallarme en esta situacion."

— »Gertrudis, respondió el baron, habiendo subido á buscarte á la atalaya donde solias pasar muchas horas, te ha hallado tendida sobre el terraplen sin saber el motivo. Conducida á este lugar, has permanecido desmayada algunas horas, hasta que el cielo se ha compadecido de mi dolor, y te ha devuelto á la vida y al afecto de tu padre."

No escuchó Margarita las últimas palabras pronunciadas por el baron, el cual temió le atacase nuevo parasismo, cuando la vió pálida, y volver espantada el rostro hácia la puerta de la sala de espaldas á la cual estaba sentado.

— »¿Quién es?" preguntó azorada la jóven.

— »¿De quién hablas, hija?"

— »Del estrangero que ha aparecido en la puerta. ¿Es algun huésped cruzado? Yo he visto bermejear la cruz en su pecho, y su fisonomía no la desconozco."

Estas preguntas obligaron al baron y Everardo á dirigir su vista al parage designado por las an-

siosas miradas de Margarita; mas la elevada puerta cubierta en parte del rozagante cortinage, no presentaba el objeto de la exclamacion, y solo una brisa ligera y húmeda entrando por las altas ventanas góticas de la antesala movia los tapices y damascos, produciendo un sonido apagado y misterioso.

— »No seria estraño haya llegado huésped, á pesar de estar bien entrada la noche, dijo el baron á su hija, y voy á dar órdenes para su recibimiento y agasajo."

Esto dijo por satisfacer á su hija, cuya vision atribuyó á exaltacion de fantasía, y haciendo á

Everardo una señal de retirarse, llamó á Gertrudis aya de Margarita, ordenándole cuidar de ella, y procurar distraerla de sus melancólicos pensamientos. No necesitaba Gertrudis de avisos ni estímulos para cumplir con indecible placer el mandato del baron. Adoraba á Margarita á quien vió nacer, y la amable jóven correspondia á su cariño con todo el ardor de la mas exquisita sensibilidad. Eran las dos mas que aya y pupila, dos amigas inseparables no obstante la diferencia de edades, rayando Gertrudis en los cuarenta, y contando apenas la bella Margarita diezisiete primaveras.

Mas antes de pasar á la relacion de los sucesos de esta familia, que presentarán cuadros interesantes en el transcurso de esta obra, se hace indispensable bosquejar brevemente el carácter de los personages hasta aqui conocidos, y que deben figurar en la escena, reservándonos trazar el de los demas á proporcion que los sucesos los hagan aparecer.

El baron de Steenhausen fue uno de los guerreros que en la quinta Cruzada siguieron al obispo de Halberstadt, y á su valor se debieron considerables ventajas en Siria y Egipto. Su fria intrepidez no se desmentia en me-

dio de los riesgos mas inminentes y lances mas apurados, y su exterior apático rara vez alteraba el desórden de alguna pasion tumultuosa, semejante al cielo de su pais, en donde la calma de una atmósfera constantemente nublada y vaporosa pocas veces interrumpe tal cual rayo de sol penetrando por entre nubes cenicientas. Casó á vuelta de sus expediciones militares con una noble señora viuda del castellano de Trienholt feudo de Westfalia, de quien tuvo á Margarita; mas á pocos años perdió á su esposa y quedó con su hija de tierna edad, en quien se advertian ya en pequeño las gra-

cias que con el tiempo debia desarrollar.

El único defecto de que se podia tachar al baron, defecto si asi se le puede llamar, disimulable por otra parte en persona de su edad, era la complacencia con que aun á costa del sufrimiento de los oyentes se extendia en referir sus hazañas militares, y su prevencion en favor de las Cruzadas era tal, que alistarse solamente para la guerra sagrada equivalia en su concepto á las acciones mas gloriosas de los héroes de la antigüedad. Mas como no siempre hallaba con quien desahogar su flujo de historiar, solo lo advertian los que trataban

íntimamente con él, sin que le ocurriese la posibilidad de engendrar fastidio con la monótona repeticion de unos mismos sucesos.

Margarita su hija participaba algun tanto de la preocupacion paterna en favor de los Cruzados, cosa nada extraña en un siglo en que toda la gloria se cifraba en el valor militar. Las costumbres de aquella edad tambien influian visiblemente en su carácter comunicándole cierto aire romancesco, y conocia demasiado el precio de sus gracias para no aprovecharse de su ascendiente, y ejercer sobre su paladin aquella dulce soberanía, móvil y estímulo á los prodigios

de valor en los guerreros. Antes de partir Adolfo á la expedicion, ella misma le ciñó la espada, y ante el altar de la capilla del castillo le juró en presencia del cielo y de su padre ser suya si volvia digno de ella. Quitándose luego un rico anillo del dedo, le puso en el de Adolfo diciéndole: »Este os acompañará en mi nombre, y solo la muerte debe separarnos. Si me le traen, solo veré en él la sentencia de vuestra muerte ó de la mia." Adolfo partió creyéndose invencible.

Margarita era de una belleza delicada; mas su genio de sobrado sensible degeneraba en melancóli-

co. Sus ojos azules tenian una expresion y energía irresistible: el rostro ovalado todas las proporciones de la regularidad y hermosura: sus mejillas siempre blancas como lo demas del rostro solo debian al rubor un ligero y momentáneo colorido de carmin, y mas frecuentemente manifestaban la interesante palidez de la sensibilidad y melancolía habitual. Dotada de espíritu vivo y penetrante aprendia sin trabajo cuanto se le enseñaba, y en la edad de la adolescencia apenas abandonado el umbral de la niñez, ya su talento cultivado era el embeleso de cuantos la trataban.

Mas entre estos, fuera de su padre y su amante ninguno ocupaba tan distinguido y predilecto lugar en aquel amable corazon como su aya Gertrudis. Verdaderamente era acreedora á semejante preferencia la buena señora, y su virtud y prendas se grangearon ademas la estimacion del baron y el respeto de toda la familia. La suya era noble aunque escasa de bienes de fortuna, y por esta razon el padre de Margarita con quien tenia conexiones de parentesco, la llamó al castillo mucho antes de su casamiento para que gobernase la casa en los negocios que no pedian su in-

mediata intervencion. El desempeño de la fiel Gertrudis sobrepujó á las esperanzas del baron, y asi no vaciló éste en fiar la educacion de su hija á esta buena señora, cuya fidelidad, prudencia y demas prendas tenia bien conocidas. Estos eran sin contar la servidumbre, los tres principales personages que habitaban en el castillo de Steenhausen, cuando llegó Everardo.

CAPITULO II.

LAS RUINAS DEL TEMPLO GÓTICO.

Desde la elevacion del castillo de Steenhausen en dias serenos se veia descollar á distancia de una milla un edificio blanco sobre el verde opaco de los densos bosques que cubrian las inmediaciones. Un campanario gótico de mármol indicaba estar unido á un monasterio, mas no advirtiéndose con la distancia el deterioro que en él habia ocasionado la mano del tiempo, y cubriendo lo restante los árboles de la selva, no anunciaba

señal de ruinas, hasta que llegando al pie de la fábrica, se veian los magníficos restos de un monasterio gótico situado en las entrañas del bosque. El transcurso de los tiempos hacinando escombros sobre escombros, habia elevado el suelo hasta el capitel de las columnas delgadas que se miraban hundidas en parte, y en parte encubiertas de hiedras que subian á enredarse en los delicados y prolijos relieves de las cornisas y ventanas puntiagudas del primer cuerpo. Este, á escepcion de algunos pedazos maltratados por la caida de piedras sillares y enormes masas de los cuerpos superiores, se

mantenia intacto y era puntualmente la habitacion de los cenobitas, cuyas celdas se veian abiertas á un lado y otro de inmensos y desiertos corredores, infundiendo un religioso pavor la inmovilidad de aquellas ruinas, interrumpida á veces por el silbido de los vientos en los abetos del bosque y claustros del monasterio, ó por el misterioso y triste murmullo de las aves nocturnas que anidaban en las abandonadas habitaciones.

Dos caballeros cruzados iban por uno de los caminos inmediatos á las ruinas de Munsterhall de vuelta á su pais el dia siguiente á

los sucesos referidos. Obscurecióse el cielo á la caida de la tarde, y adelantándose la noche envolvió á los caminantes en un caos de vapores y obscuridad. La ignorancia del camino les hizo echar á la ventura por la primera senda que á la dudosa luz del crepúsculo descubrieron; mas conocieron á poco tiempo se iban internando cada vez mas en la espesura del bosque. Las pisadas de los caballos y el ruido de las armas sonaban compasadamente, y un eco débil las repetia en las vecinas ruinas del monasterio. Un profundo silencio reinaba en los dos viageros, de los que al parecer el

uno era caballero de distincion y el otro su escudero.

— »Bien merecido tengo, dijo el primero al cabo de una hora de camino por el bosque, haberme fiado de esta maldita bestia en un pais tan infame, donde ignora uno si está en pie ó caido; y por el santo Sepulcro que preferiria quedar prisionero de aquellos perros de Siria, á andar á ciegas por estos nidos de lechuzas, donde á cada paso veo abierta una hoya ó una cueva de lobos y zorras."

— »Ya os lo previne, señor, contestó el escudero, y vos no quisisteis oirme. No parece sino que

os tiene encantado ese viejo castillo de Steenhausen y su mas viejo castellano, pues contra la voluntad de Dios y de los hombres os empeñais en visitar, no sé con qué gusto, aquellas carcomidas almenas."

— »Tú hablas de esta suerte porque ignoras el verdadero motivo de mi visita."

— »Ya, ya, respondió el escudero dando un espolazo al caballo, que á duras penas se movia de puro cansado: algunos ojos negros ó alguna boquita traviesa os pone en trote de dar en una de las simas que rodean ese castillo, y á buen seguro que la rapaza os agradecerá que por venir

á verla os pongais en peligro de romperos el casco. Si fuese pelear por ella en la estacada contra algun desalmado y soberbio caballero, ya tenia mas visos de cordura; pero hacer la memorable hazaña de morir por ella á obscuras en la boca de alguna cueva, ó lo que seria peor en la de algun lobo, que segun dicen los hay en este pais tamaños como los camellos de Siria, bien que no los he visto, esto seria un disparate de bulto, imperdonable en un muchacho."

Mientras hablaba el escudero, su dueño parecia distraido y ageno de la conversacion, de suerte

que notado su abismamiento, prosiguió de esta manera.

— »Nunca me he equivocado en creer erais mas al propósito para enamorar en un estrado que para derribar cabezas de infieles en un asalto, y sino fueseis algun tanto ligero, no habria dama que no os admitiese por su caballero de mil amores."

— »Silencio, gritó el cruzado en tono de autoridad á su escudero, habiendo vuelto en sí de su meditacion al tiempo que aquel pronunciaba las últimas palabras. Silencio digo, sino quereis quedar para siempre huésped de este pais, y dar de comer á los

lobos y zorras antes que amanezca."

— »Señor, disimulad mi torpeza; solo me vino á la cabeza aquella niña tan vivaracha que se llamaba Hoskendam, á quien conocisteis en el Cairo...."

Un ruido sordo que se dejó oir en el bosque á poca distancia, distrajo al cruzado de la intencion de castigar al locuaz escudero, manifestada en el acto de levantar la espada para descargarle un golpe que él se disponia á evitar con destreza. Parecia ser voces sumisas de dos personas que hablaban en secreto, y solo pudo oir un acento delicado pronunciar esta

espresion: *él es*; mas luego cesó el murmullo, y volvió á quedar el bosque sumergido en un profundo silencio. Admirado el viagero de esta novedad, mas estraña atendida la hora y el lugar, dirigió el caballo hácia donde sonára el eco, gritando con voz alta:

— »¿Quién va allá?"

Mas fue inútil su diligencia, pues su voz se apagó gradualmente entre los árboles de la selva.

— »No sé qué piense de esta aventura, dijo al escudero olvidado de su reciente impertinencia, la cual indica que somos observados; mas tendrá poco amor á su vida el que esté de humor de po-

ner estorbos á mi viage."

Dijo esto levantando la voz con tono amenazador, y prosiguió:

— »Me parece tan inútil andar por aqui de noche, como por dentro de las pirámides sin luz; y asi desmonta y sentémonos al pie de un árbol hasta que el dia nos manifieste en qué lugar estamos."

No tuvo lugar de ejecutar su intencion, pues advirtió en aquel instante acercarse un bulto por entre las sombras, y sus pasos fuertes y sonoros indicaban no solo que caminaba sin precaucion, sino el temor que tenia de sentar mal el pie sobre el escabroso terreno del bosque.

—»¿Quién va allá, repitió el cruzado dirigiéndose al bulto, ¿quién va allá, digo?"

—»Un hombre honrado á sus quehaceres:" respondió el bulto sin interrumpir su marcha, y con voz que no manifestaba sorpresa ni estrañeza con tal encuentro.

—»Decidme pues, hombre honrado, continuó el caballero, ¿dónde nos hallamos?"

—»Creo, respondió el desconocido sin dejar de andar, que en lo interior de un bosque."

—»Y yo haré, villano, adivineis bien pronto dónde se halla el puño de mi espada, cuando la sintais sobre el cráneo llamando á la

puerta de vuestro cerebro. Decidme pronto qué habitacion es la mas próxima, y por dónde saldremos de lo interior de este bosque, ya que con tanta precision habeis determinado nuestra situacion geográfica."

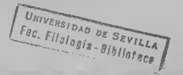
Entonces el desconocido que ya estaba algo apartado, y por lo mismo el cruzado iba elevando su voz en proporcion de la distancia para que le oyese, paró.

— »Seguid esa senda donde os hallais, dijo, y tomad la izquierda siempre que halleis dos caminos: en breve llegaréis á las ruinas de Munsterhall, y á la habitacion del *Hombre invisible*."

Dicho esto, continuó su viage y desapareció entre las densas tinieblas del bosque. Semejante respuesta dejó admirados á los viageros, menos por la novedad de la aparicion de aquel, segun los indicios, aldeano á aquellas horas y en aquel lugar, que por la circunstancia de su respuesta. La sencillez de esta era argumento de conocerse en aquella comarca un sugeto con el prodigioso título de invisible, pues á no ser asi, no lo hubiera el rústico nombrado con tan poco aparato y muestras de admiracion. El cruzado bien quisiera partir en busca de éste y obligarle á declararse mas; pero

inutilizaba sus deseos la obscuridad de la noche y el miedo de estraviarse. Apeló pues al único recurso que le quedaba en las presentes circunstancias, y fue seguir la senda hasta llegar al monasterio, donde pensaba salir en breve de sus dudas, é informarse del misterioso hombre invisible.

— »Parece que hayamos sido transportados al pais de los encantos, dijo á poco de haber comenzado á caminar, y ya estoy impaciente por saber quién será este hombre invisible, y ver si su invisibilidad le libra de hospedarme esta noche, y de impedir me re-



gale con las provisiones que sin duda deberá tener de repuesto en su casa."

—»Mirad, señor, no os haga subir por los aires cuando menos os cateis, y no trateis de echarlas de valiente con él; y os prevengo que el mas diestro mandoble á la inglesa es para un hombre invisible lo que una lanzada en las nubes."

—»Noto, Astolfo, que desde que entramos en Europa te has tomado conmigo un aire autorizado y de consejero que no acomodará á ningun amo. ¿Quién te mete en si hay mandobles á la inglesa ó la tudesca, ni qué entiendes

de nubes ni lanzadas? Por bien satisfecho pudiera haberse dado Saladino si todos los escuderos cruzados hubiesen causado tantos daños en Egipto como el mio. No estarian ahora los cristianos con la pierna tendida, regalándose en Damieta con los barbos del Nilo."

— »¿Teneis pues algo que echarme en cara?"

— Nada; antes alabar el celo con que ejerciste el honorífico empleo de eunuco en el harem de Safedin....

— »Por vuestras órdenes, señor mio, y de aquella rapaza...."

— »Calla, boca infernal, pues si continúas, te juro por esta

cruz arrancarte la lengua."

— »Como me reconvenís, no puedo dejar de defenderme y justificar mi conducta, la cual bien sabeis ha sido siempre la de un valiente, y no ignorais que prefiero una oreja de infiel cortada por mí en el campo, á todas las perlas del turbante de...."

— »¿De quién?" interrumpió el cruzado con voz irritada."

— »De Saladino:" contestó Astolfo con frialdad.

— »Te prohibo por segunda vez hablar en adelante ni mencionar jamas en mi presencia...."

— »¿A María?" interrumpió á su vez el escudero.

— Sí, á María, contestó con eficacia y recalcamiento el cruzado: sea esta la última vez que oiga yo salir este nombre de tu maldiciente boca."

— »Sereis obedecido, señor; mas no me hablabais así cuando..."

— »Cuando eras un escudero fiel y deferente á la voluntad de tu señor."

— »Y cuando este señor recibia de rodillas...."

— »Astolfo, Astolfo, demonio en figura humana, tú harás que me olvide de mí para no escuchar sino los agravios é insultos que recibo de un esclavo."

— »Antes olvidaréis los servi-

cios que este mismo esclavo os ha hecho...."

Estas palabras apagaron la ira del cruzado, á la manera que un golpe violento de agua apaga de repente la llama de una hoguera. Debia sin duda á su escudero favores muy señalados, ó Astolfo ser depositario de secretos de trascendencia, cuando le sufria réplicas tan insolentes, y cuando un sencillo recuerdo bastaba para refrenar su cólera y hacerle enmudecer. Prosiguió pues hablando á su escudero en tono mas pacífico:

— »Dejemos estas conversaciones, Astolfo, y tratemos de buscar abrigo para esta noche, pues

la fatiga y cansancio se hacen sentir."

— »Enhorabuena, y creo no distarémos mucho de esa casa del invisible, pues allá se advierte un bulto gigantesco, que sin duda será el campanario del monasterio. Mas aguardad; me pareció oir otra vez la voz femenina que antes dijo: *él es*, y yo siento un miedo terrible solo de pensar puede ser alguna bruja ó hada; pues segun veo, este bosque todo está lleno de gente de esa calaña."

— »Ved aqui un cruzado, terror de los infieles, temblar al estornudo de un gato. Aguija, aguija, que ya veo una luz...."

Asi era, pues en aquel momento hirió sus ojos una luz á larga distancia, y entonces notaron que la senda iba ensanchando y conducia en línea recta al monasterio, como avenida principal por aquel lado. Pocos minutos tardaron en llegar á aquel arruinado edificio, y lo primero que se ofreció á su vista fue una choza pegada á uno de los paredones caidos del monasterio, dentro de la cual resplandecia la luz que á lo lejos habian divisado. La prevencion del aldeano, y la idea de ser aquella la morada de un ser misterioso é invisible inspiró un género de temor respetuoso á nuestros cami-

nantes, y asi desmontaron á la puerta de la choza, y se llegaron á ella no sin temor de Astolfo preocupado con la representacion de fantasmas y espectros domiciliados segun su creencia supersticiosa en las casas y monasterios arruinados. Juzgó el cruzado inútil anunciarse persuadido á que el dueño era invisible; mas lo interior de la choza excitó su pasmo y admiracion. Era una pieza reducida y simplemente alhajada: los muebles pobres y toscos pero limpios, y todo cuanto veian respiraba un aire de aseo y elegancia poco correspondiente á la idea que generalmente se forma de la habi-

tacion de un rústico. Ademas de la puerta de la entrada habia á un lado otra cerrada, cuyas comunicaciones les eran desconocidas; mas sospecharon ser paso á algunas habitaciones del arruinado monasterio, proporcionado á evitar sorpresas al misterioso habitador de aquella soledad; pues no creyó el cruzado ser real y efectiva su invisibilidad, sino destreza en evitar la vista, y substraerse á las pesquisas de los que ó por curiosidad ó por otra causa tuviesen interes en reconocerle. Mas un nuevo objeto cambió sus ideas, haciéndole concebir mas alta del hombre invisible. Sobre la mesa

vió dispuesta una abundante cena de manjares menos delicados que excitadores del apetito. La necesidad le dispensó de los melindres de la cortesía, y asi se adelantó con Astolfo á disfrutar del banquete dispuesto para ellos, cuando advirtiendo un papel sobre la mesa le tomó ansiosamente, esperando sacar de él alguna luz en tan estraña aventura. Leyó rápidamente, y su contenido era el siguiente:

»Disfrutad con vuestro escu»dero los beneficios de la hospi»talidad próvida, que vela sobre »los necesitados. Descansad hasta »mañana y partid; mas no vayais

»á Steenhausen, porque alli está »la muerte."

Déjase á la reflexion del lector el pasmo y admiracion que semejante prodigio debió causar en el ánimo del cruzado. Era pues indudable existia un ser portentoso, á quien no se ocultaban ni sus secretos ni sus intenciones, y cuya prevision alcanzaba á las consecuencias de su viage á Steenhausen, de las cuales le prevenia, para que evitase los efectos de su paso que debia producir males, calamidades, y hasta la muerte. Debió sin duda hacer fuerza la intimacion del invisible en su corazon, pues entregado un momen-

to á sus reflexiones de las que no les distrajo su escudero, quien desde el principio comenzó á obedecer con exactitud la primera órden del invisible tocante á disfrutar los beneficios de la hospitalidad, y en cuya imaginacion obró débilmente la aprension de tal prodigio; entregado, digo, á sérias reflexiones por un momento, concluyó por decir á Astolfo:

— »He resuelto descansar esta noche, y mañana retrocederémos á buscar el camino que conduce á mi castillo."

— »¿Acaso, contestó Astolfo, sin dejar de hacer desaparecer con expedicion las provisiones hospi-

talarias del invisible; acaso os ha hecho miedo el papelucho de la fantasma? ¡Va! sois valiente cruzado para que os asusten cuatro letras mal escritas."

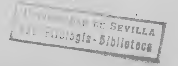
— »Partirémos mañana á mi castillo:" respondió secamente el cruzado, en cuya voz notó su escudero una espresion indefinible, no sabiendo si atribuir la mudanza de su resolucion á temor del papel, ó á alguna nueva idea no estraña en su carácter algo veleidoso.

Como quiera que fuese, el escudero manifestó su adhesion á la voluntad de su dueño espresada tan terminantemente, con una in-

clinacion de cabeza bastante equívoca, pues fue seguida del último y decisivo asalto á las generosas provisiones del invisible. Bien es verdad que no por eso dejó de hablar á su amo, concluido que hubo su desempeño.

— »Es cosa dura marchar de aqui sin ver al dueño de la posada, quien nos podia tachar de groseros, si nos ausentábamos sin darle las gracias."

— »Eso mismo pensaba yo, añadió el cruzado, y emprenderia por curiosidad un reconocimiento de estas ruinas, á no detenerme la reflexion de que si el invisible quisiese dejarse ver, nos hubiera



aguardado á pie firme."

— »Mas reflexionad la gloria que os resultaria, si lograseis despojarle de esa prerogativa de invisibilidad."

— »No hay duda, y por lo mismo que es mas excelente, será la mas bien guardada; aunque estoy resuelto á registrar estos viejos paredones, porque no crea el invisible que temo á las fantasmas escondidas como buhos á la sombra de sepulturas."

Dicho esto comió ligeramente, y levantándose á poco tiempo, se dispuso á internarse con su escudero en aquellas desiertas ruinas.

CAPITULO III.

HISTORIA DE ADOLFO.

Descansó Margarita con alguna tranquilidad lo que faltaba de la noche con la seguridad de que, fuesen cuales fuesen los peligros y desgracias de su amante, existia todavía, y no habia perdido la dulce esperanza de verle por fin. La certidumbre de esta persuasion fundada en la promesa de devolverle el anillo siempre que se hallase en peligro inminente de perder la vida, ó de enviárselo por tercera persona si efectivamente

perecía, sosegó las zozobras y temores de la hermosa Margarita; y aunque deseára que Everardo le refiriera las noticias que tenia de su amo sin dilacion, rindióse no obstante á las instancias de su padre de atender primero á su salud, parte de cuyo restablecimiento pendia entonces de su descanso. Pero la misma impaciencia de saber lo que tan directamente interesaba á su corazon retardó su restablecimiento algunos dias, durante los cuales nunca cesó de instar ya á su padre ya á Everardo, para que satisfaciesen su impaciente curiosidad, pues la lectura de la carta dirigida á ella por Adol-

fo y entregada por Everardo no habia calmado del todo su angustia, ni disipado sus recelos. Fue preciso finalmente condescender en una declaracion, que dilataba de dia en dia la apatía natural del baron de Steenhausen para quien nunca parecia sobrado tarde, junto con el temor del resultado de la relacion, la cual no dudaba los produciría terribles en el corazon de su hija. Si al principio le consoló la idea lisongera de vivir todavía su amante, la imaginacion exaltada con la reflexion de los peligros á que se exponia y del mas terrible que anunciaba su carta, la desanimaba en términos de

creer habia sido víctima de su ardimiento. El triste silencio de su padre no contribuia á su consuelo, y la reserva de Everardo cuando le preguntaba, y sus vagas é insignificantes respuestas que negaban lo mismo que afirmaban, acabaron de disipar si alguna vislumbre de esperanza le quedaba. Gertrudis misma aunque le prodigaba los mas tiernos y cariñosos consuelos, solo conseguia enconar la llaga, y siempre terminaba semejantes alivios con un diluvio de lágrimas, que inundaban las hermosas mejillas de la tierna Margarita.

— »Yo no sé, dijo en cierta

ocasion la buena Gertrudis á la hija del baron, qué castillos edificais en el aire para atormentaros á vos misma sin fundamento alguno. Everardo asegura que nada se ha sabido de él desde el punto de su salida de Egipto; mas esto no impide que pueda vivir, pues fue de los primeros que regresaron; y mientras quede un solo cruzado en la Tierra Santa, debeis confiar en Dios y en la verdadera cruz de Cristo por cuyo rescate peleó Adolfo, que os le devolverá glorioso y vencedor cuando menos os penseis."

—»Su carta destruye, respondió Margarita, todas las suposi-

ciones que os inspira el amor que me profesais, y el deseo de consolarme."

— »¿Qué destruye? ¿las esperanzas de su vuelta? Yo creo las fortifica mas. No dudeis que si él creyera inminentísimo el peligro á que se esponia en el asalto de la torre del Nilo, no dejára de enviaros el anillo; y mientras no lo recibais estad segura de que brilla en su dedo. Adolfo no es hombre capaz de echar palabras al aire, y si no, para convenceros mas volved á leer la carta, y os persuadireis como yo, no contener motivo de llanto ó temor, y sí de alegría y confianza.

Es natural en el hombre formar ilusiones para lisongearse cuando padece trabajos; pero mayor lugar tiene esto en las penas del amor. Margarita habia leido un millon de veces la carta de su jóven cruzado, habia comentado detenidamente cada período, palabra y hasta cada sílaba de ella, y no obstante consintió en volver á leerla, esperando notar lo que notára su cariñosa aya. La carta decia asi: »Parto al asalto de la »torre del Nilo: la muerte ó la »victoria me aguarda en ella: el »dulce talisman que me hace in»vencible no me abandonará en »este trance: el retrato de Mar-

»garita siente en este instante los »latidos de mi corazon. ¿Me per»donaréis haya contravenido por »un punto á vuestras órdenes y á »mi promesa? Mas no : jamás lle»gará el caso de devolveros el ani»llo, pues él me asegura la vida y »la victoria : y ahora os digo que »con él soy invencible. Everardo »os informará del éxito de la guer»ra si perezco; sino, se reserva »el honor de referir las victorias »de que es deudor á Margarita

Adolfo."

— »Y bien, continuó Gertrudis, ¿qué espresiones de esa carta son capaces de alarmaros, é

inspirar desconfianza á vuestro corazon?"

— »¿Creeis que exageraría tanto el peligro sino fuese inminentísimo? Decir que le aguarda la muerte ó la victoria es manifestar que era el mas espuesto, y su ardimiento le habrá hecho olvidar de sí mismo en el calor del combate."

— »Mas si decís, que no exagerára el peligro sino fuera inminente, tampoco dudeis que no se creería invencible con vuestro retrato y anillo, sino fuera asi."

— »¡Ah! esas son lisonjas del amor cuya falsedad me anuncia el corazon, diciéndome que el

hierro de un dardo pasa con mayor facilidad un pedazo de marfil, que la cota de malla ó coraza de acero."

— »Sea asi como vos quereis, ya que estais decidida á atormentaros sin cesar; mas á lo menos suspended el juicio hasta haber oido la relacion de Everardo; de ella inferiréis lo que debais temer ó esperar de la vida ó muerte de Adolfo."

— »¡Ah! respondió Margarita suspirando, quizás tengo mas pruebas contra vuestras esperanzas que en favor de ellas."

— »Y ¿cuáles son?"

— »¿Os acordais de la noche

que llegó Everardo? Cuando volví en mí del desmayo, y por casualidad fijé la vista en la entrada de la sala, ¿lo creeréis? me pareció ver á Adolfo vestido como el dia de su partida. La cruz roja brillaba en su pecho, el viento agitaba en su cimera las plumas blancas y verdes que la adornaban, y reconocí en él la sombra gloriosa del guerrero.... gloriosa, pues voló ya á recibir en el cielo el premio de sus hazañas."

No pudo continuar Margarita; arrojóse á los brazos de Gertrudis, y hecha un mar de lágrimas escondió en el seno de su aya su hermoso rostro.

— »Y ¿á esa quimera de vuestra débil imaginacion llamais prueba? dijo Gertrudis con acento cariñoso. Dejad, querida hija de mis entrañas, dejad esas lúgubres ideas, y no penseis mas que en vos. ¡Cuál será el dolor de Adolfo, si al volver tuviese que lloraros víctima de un dolor sin fundamento, y no sirviesen sus glorias sino para hacerle mas cruel la pena de carecer del único testigo y móvil principal de ellas!"

La llegada del baron de Steenhausen interrumpió las lágrimas y diálogo de las dos amigas. Vió á su hija llorosa, y esta novedad alteró por el pronto sus facciones;

mas sabida la causa le dijo con su calma genial:

— »Creí ser otro el motivo; mas no es probable haya muerto Adolfo en el asalto de la torre. Cuando la toma de Zara yo entré el primero por la brecha, y llovian sobre mí dardos, piedras y fuego griego. Recibí una herida en la cabeza y no he muerto; no es probable haya muerto Adolfo. Isaac Angelo hubiera tenido poco que agradecer á los franceses y venecianos, si todos los que asaltaron á Constantinopla hubiesen caido. Si eso fuera, el Dux Enrique Dándoli...."

En este punto entró Everardo

oportunamente para cortar la relacion circunstanciada que indudablemente iba á tejer el baron del asedio de Constantinopla....

—»Llegais á punto de desengañar á esta muchacha, y de hacerla ver cuán probable es se haya salvado vuestro amo del asalto de la torre del Nilo. Referidle la historia de vuestra expedicion, y satisfaréis al mismo tiempo mi curiosidad, pues hasta ahora no he recibido sino noticias aisladas, segun las cuales no puede formarse idea de la guerra presente."

— »No podré, respondió Everardo, contentaros segun deseais, pues no permitiéndome mi clase

mezclarme en las resoluciones de los gefes, solo atendí á obedecer y seguir á mi señor; no obstante creo poder daros una idea, aunque sucinta, bastante exacta del sitio y toma de Damieta, que es realmente el hecho principal y casi único de esta Cruzada. Omito referiros los pormenores de la salida de nuestra flota septentrional de la boca del Mosa, como tambien de los inconvenientes que retardaron nuestra llegada á oriente. Ya estais informado de la guerra de Portugal emprendida á instancias de los obispos y cristianos de aquel pais. Yo no abandoné jamás á Adolfo, y fui testigo de su va-

lor y hazañas en el asalto y toma de Alcazar, de donde fueron desalojados los infieles, y quitado aquel padrastro que tenia en continua alarma y ejercicio el valor de los cristianos. La estacion bastante adelantada obligó á la flota á buscar algun puerto de Italia para invernar. Distribuyéronse los bajeles por los de Nápoles y Sicilia. Nuestro buque invernó en Mesina, y á principios de primavera nos hicimos á la vela en una escuadra compuesta de cinco ó seis buques frisones y flamencos, y fue la primera que avistó las costas de Egipto á fines de abril, y dos dias despues fondeó en el puerto de

San Juan de Acre. Estaban reunidos en esta ciudad los principales gefes de la Cruzada, y presentaba un aspecto grandioso con la corte del rey Juan de Briena, el duque de Austria, los obispos y grandes maestres del Temple y demas órdenes militares. El conde de Holanda que llegó poco despues y varios guerreros alemanes trataron desde luego de no permanecer en inaccion, y aprovechar el tiempo y el ardor de los soldados. Mi señor fue llamado al consejo de los gefes, y despues de varios debates se resolvió llevar la guerra á Egipto como causa y raiz del mal. Manifestóse en la

junta: que Egipto era de donde los soldados enviaban poderosas armadas á la Tierra Santa para oponerlas á los cruzados; que si lograban hacerse dueños del orígen y fuente de donde las terribles inundaciones de bárbaros se estendian por la Palestina, no habria fuerza capaz de resistir á las de los cruzados. Que los sarracenos no temiendo por aquel lado, se hallarian sorprendidos. Que en todo Egipto no se hallaba plaza alguna fortificada fuera de Damieta. Que tomada esta plaza, cosa nada dificil atendidas las fuerzas de los cruzados, aumentadas de dia en dia con la llegada continua

de tropas de refresco, podian ir á atacar al Soldan hasta el mismo Cairo, que no se hallaba en estado de resistir, careciendo absolutamente de fortificaciones y llena de gente incapaz de defensa. Finalmente que esta habia sido la idea del Papa Inocencio en el concilio de Letran, y era de esperar que asi como habia parecido inspirado por Dios este designio, haria la gracia de que saliese con felicidad.

»Tomada esta resolucion, reunióse la armada junto á los castillos de los Peregrinos, y siendo nuestros bajeles y los de Colonia los primeros que se hallaron en es-

tado de partir, se hicieron á la vela al mando del conde de Sarpont, y á favor de un viento norte que soplaba en popa, fondearon al tercer dia treinta de Mayo en frente de Damieta, y por una reunion de felices circunstancias hicimos nuestro desembarco sin oposicion, y nos atrincheramos á vista de la plaza aguardando lo restante de la armada.

»Es Damieta una de las mas bellas y florecientes ciudades de Egipto y sin contradiccion la mas fuerte, siendo como la llave del reino por su situacion en la ribera del Nilo, distante una milla de una de sus embocaduras. Rodean la

plaza dobles murallas de ladrillo por la parte del rio, y tres lienzos por la parte de tierra, siendo proporcionalmente mas elevada la primera que la segunda, y ésta mas que la tercera, con un sin número de torres á distancias iguales, y un gran foso en el que habian echado los enemigos el agua del Nilo, formando de esta suerte una isla mas larga que ancha. Mas recompensa lo estrecho del terreno en la ciudad la estension y belleza de los arrabales, que no le ceden en hermosura ni riquezas, y siendo el depósito de las mercancías que viniendo de Etiopia y las Indias por el mar

Rojo se distribuyen por aqui á toda Europa y Asia, los soldanes hicieron construir la famosa torre capaz de contener trescientos hombres, y á fin de impedir la entrada y salida á cualquier buque por el Nilo, y de esta suerte imponer los derechos que les sugiere su codicia, ataron á dicha torre una gruesa cadena de hierro, cuya estremidad opuesta se afianzaba á una de las torres de Damieta, cerrando absolutamente el paso.

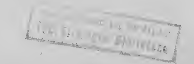
»Fueron llegando sucesivamente los cruzados, y en pocos dias se vieron inundados los alrededores de la plaza de gentes de todas

naciones. Mi señor ardía de impaciencia por comenzar á ejercitar su valor militar; pero la necesidad le obligaba á refrenar su ardimiento junto con los consejos de Alberto caballero flamenco, señor del castillo de Oostervold, jóven valeroso de la misma edad é inclinaciones que mi amo, aunque bastante precipitado en sus resoluciones; notándose en él una de las contradicciones bastante frecuentes en el espíritu humano, pues sus consejos eran arreglados á la norma de la mas madura prudencia, y su conducta en nada se conformaba con sus palabras. Este pues que gozaba de bastante

consideracion en el campo de los cruzados contuvo á mi señor, quien se rindió á las razones de su amigo y se redujo á esperar la resolucion del consejo. Esta fue la mas acomodada á los deseos de los valientes, y concilió maravillosamente la utilidad con el ardimiento de las tropas. Animadas estas con un eclipse de luna que por aquel tiempo se vió, como si el mismo Dios les anunciase la ruina del imperio de la *media luna*, se distribuyeron por los diferentes puntos señalados para estrechar el sitio de la plaza.

»Resolvióse pues en primer lugar atacar la torre del Nilo, sin cuya

espugnacion y toma era imposible batir la plaza por aquel lado. Al efecto el duque de Austria y los caballeros de San Juan de Jerusalen hicieron asegurar á los mástiles de sus buques, grandes y fuertes escalas á manera de puentes levadizos, que se bajaban y subian con facilidad por medio de poleas. Los alemanes y frisones bajo la conducta y direccion de Adolfo de Mont fabricaron una especie de fuerte en un grueso navío. Este tenia bajo de la gavia del palo mayor un castillejo, desde el cual incomodaban nuestras tropas terriblemente á los defensores de la torre: los Templarios



elevaron asimismo en el mas fuerte de sus buques una máquina en forma de caballero para batir la torre por otro punto. Mas estas prevenciones no tuvieron el éxito feliz que nos habíamos prometido. El gran mástil sobre que apoyaba el puente de los caballeros de San Juan se rompió por medio, y le arrastró en su caida con espantoso fracaso, y habiendo el del duque de Austria falseado bajo los pies de los innumerables soldados que se agolpaban y atropellaban mútuamente ansiosos de ser los primeros en combatir, cayeron estos valientes de golpe sobre las ruinas de los dos puentes, é impedidos y

embarazados con las pesadas armas y escudos, los que no perecieron en la caida dieron con sus cuerpos en las ondas del Nilo hinchadas por la marea, y sin que pudiesen valerse en medio de tanta confusion de hombres, armas, hierros y enormes pedazos de madera rota quedaron anegados á la vista de los infieles, quienes celebraban desde las murallas y torres de alegría, con horribles gritos y blasfemias tan lamentable catástrofe.

»Rugia Adolfo de furor viéndose impedido de vengar la muerte de sus compañeros, pues el navío que montaba como tambien el

de los Templarios se mantenian en inaccion, siendo sus operaciones en aquel instante mas perjudiciales que útiles por el embarazo del rio. Mas no sufriéndole su ardiente impaciencia detenerse mas, baja rápidamente del castillejo, y acompañado de Alberto que jamás le abandonaba, salta en un esquife ordenando le siguiesen los frisones y alemanes en bajeles ligeros, y se introduce por el estrecho canal que separaba la torre de la ciudad, á fin de apoderarse de la parte superior del rio, y romper el puente de barcas que comunicaba la plaza con la torre. Era tan espuesta la tentativa, que

los sarracenos no creyeron posible imaginarla siquiera; mas la sorpresa que les causó tal arrojo no les impidió defender el canal con inaudito furor. Pasamos no obstante en medio de la espantosa granizada de dardos, flechas y piedras que llovian de la torre, las cuales cayendo sobre los cascos, corazas y armas, producian un estruendo formidable. Mas el ánimo de Adolfo de tal suerte enardeció á los soldados, que despreciando el considerable daño que recibian, llegaron á parage en que estaban ya bastante fuera del alcance de los tiros, é impidiendo la salida de todos los ba-

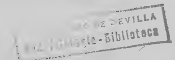
jeles de la ciudad, se dispusieron á forzar el puente. Adolfo y Alberto tomaron un montante, los soldados les seguian con un hacha y una espada. Adolfo saltó el primero en una de las barcas del puente, siguióle Alberto; y mientras los sarracenos se agolpaban hácia aquel lugar á precipitar al rio á los valientes campeones, los frisones se arrojan de tropel, hacen una horrorosa carnicería en los infieles, quienes por su parte trataban de venderles cara la victoria, caen de una y otra parte, se tiñen las aguas de sangre; mas finalmente llevando Adolfo la muerte y destruccion do quiera

que alcanzaba su espada, logróse desalojar el enemigo del puente, que roto ya por diferentes partes, dejó aislada la torre y privada de los socorros de la ciudad.

»Habia en el campo un famoso ingeniero amigo de Adolfo, de quien ya deberéis tener noticia, pues es clérigo de la iglesia de Colonia. Hablo de Maestre Olivier, ese genio sublime, ídolo de alemanes y frisones, y tan famoso predicador como sabeis. Este pues hizo juntar dos grandes naves asegurándolas con gruesos cables, y aferrándolas con largas barras de hierro, que atravesando las popas y proas estaban clavadas con

espigones del mismo metal. Para hacer mas sólida la máquina é impedir la desunion de las naves, hizo pasar al traves de entrambas largas y fuertes vigas aseguradas tambien contra la cubierta. Dispuestas de esta suerte, buscó los cuatro mástiles mayores que pudo encontrar con igual número de gruesas vergas, que extendiéndose de uno á otro los unian formando un cuadro por la parte superior, donde con maderos colocados sobre dichas vergas y planchas de hierro formó una plataforma, sobre la que fabricó un castillo de madera que excedia en mucho la altura de la torre del Nilo, y estaba

cubierto de cueros de buey y camello sin curtir para resistir al fuego. Bajo del castillo en el borde de la plataforma aseguró una escala cubierta toda de planchas de hierro, y suspendida á manera de puente levadizo pronta á echarse sobre la torre, y tan larga que se estendia muchas brazas mas allá de las proas de los navíos; y en la parte inferior de la máquina se habian dispuesto ciertos tablones largos y gruesos clavados en las proas, los que puestos sobre palos rollizos hacian rodar hasta la torre, á fin de proporcionar á los minadores ocasion de hacer alguna abertura al pie de ella



mientras la atacaban por arriba. Reconocida y aprobada la máquina por sólida, y muy al propósito para el logro de tan dificil empresa, resolvieron los gefes hacer el último esfuerzo para enseñorearse de la torre del Nilo.

»Escogiéronse para esta gloriosa empresa soldados de todas naciones para evitar los celos, y á fin de que todos tuviesen parte en las hazañas y peligros. El bravo Leopoldo duque de Austria fue nombrado por gefe de esta espedicion, quien destinó á mi amo y á Alberto con parte de los alemanes y frisones para guarnecer la plataforma. Llegado el dia destinado al

asalto; se ordenó el ataque en la forma siguiente. Un gran navío bien armado subiendo contra la corriente iba delante mostrando el camino á la portentosa máquina, que seguia atestada por todos lados por la cubierta, plataforma y alto del castillo de los valientes, sobre los cuales tenia fija la vista todo el ejército, como depositarios del honor y fortuna de los cristianos. Ellos orgullosos de la eleccion hecha de sus personas para sostener tan ilustre cualidad, miraban el peligro con generoso menosprecio y con un continente fiero y amenazador, que manifestaba claramente la resolucion de

vencer ó morir á la vista de toda una ciudad, y de un numeroso ejército, del cual eran entonces espectáculo sobre aquella máquina como sobre el teatro de su gloria. Los sarracenos la dejaron acercar á distancia competente, y entonces comenzaron á descargar furiosamente piedras y dardos para romper ó detenerla; mas ella fue magestuosamente á fondear al lado septentrional de la torre que miraba al mar, no pudiendo á causa de su pesadez entrar por el canal occidental entre la torre y la orilla opuesta de Damieta. Todo el ejército estaba parte abordo de los bajeles al an-

cla, parte ordenado en batalla en las inminencias inmediatas para animar á los combatientes, y ser testigos y espectadores de las hazañas que iban á ejecutarse en tan estraordinario ataque.

Apenas se echaron las anclas á la gran máquina para mantenerla inmóvil en el lugar conveniente para el ataque de la torre, los que guarnecian el castillo comenzaron con una furiosa descarga de flechas y dardos contra sus defensores con la ventaja de tirar de alto á bajo. Al mismo tiempo se echa el puente y todos se precipitan sobre él sin atender al peligro que en mil diferentes maneras se ma-

nifestaba por todas partes. Unos corren al pie de la torre á socavar los fundamentos con picos y martillos, otros arriba en derechura á los sarracenos acosándolos á sablazos y estocadas. Yo no abandoné á mi señor que siempre se hallaba en lo mas ardiente del conflicto; multiplicábase por decirlo asi en todas partes, y parecia el Dios de las batallas esparciendo el terror y la mortandad por todas partes. Entretanto jugaban con furor las máquinas de la plaza, hacian volar de lejos el fuego griego desde las murallas con largos cañones de bronce, lo echaban de cerca desde lo alto de la torre del

Nilo contra el castillo, sobre la plataforma, y habia ya prendido de todos lados; mas como se tenia de prevencion cantidad de arena y vinagre, infalible remedio contra este mal inevitable de otro modo, se logró apagar el fuego por todo á escepcion de la estremidad de la escala. Porque acudiendo precipitadamente á cortarle, la máquina falseó por las violentas sacudidas que le comunicaba el movimiento precipitado de tanta gente en un mismo lugar; y se inclinó tanto hácia un lado, que todos creyeron iba á caer. En efecto el portabandera del duque de Austria cayó al Nilo á presencia de

este general, y como se hallaba en el estremo del puente levadizo al tiempo de caer y muy cerca de la torre, pudieron fácilmente arrebatarle el estandarte los infieles, el que arbolaron al instante celebrando con horribles alharidos la victoria que tenian ya por segura. Mas no les duró largo tiempo la alegría. El fuego quedó felizmente apagado y se enderezó prontamente el puente medio caido, y sin dar tiempo al enemigo de emplear nuevos esfuerzos contra la máquina, la acercaron á la torre cuanto les permitia la longitud del puente. Este fue el momento de crísis. Embrazan los solda-

dos el escudo y en un momento se ven brillar en el aire cimitarras, hachas, mazas de hierro, picas y javalinas; los sarracenos se defienden con el valor ciego de la desesperacion, y en aquel momento de confusion y aturdimiento siento que mi amo me pone en la mano el escudo y pronunciando el nombre de Margarita se precipita por el puente. Un grito espantoso y general de *viva el Liegés* me hizo volver maquinalmente los ojos hácia la torre y vi á Alberto rodeado de infieles, quien habiendo saltado el primero los acosaba hácia la escalera. Mas si cedió mi amo á su amigo la gloria de ser el

primero, no cedió la de ser el segundo que empuñase por Cristo la espada en la famosa torre; al instante le oí gritar, *victoria por la Cruz*, y este eco glorioso fue repetido por el tropel de cruzados que ya se hallaban en posesion de la plataforma de la torre. Querer pintar las escenas de horror y heroismo de aquella accion que duró desde las nueve de la mañana hasta las doce del dia siguiente seria cosa interminable: solo os diré que desalojados los infieles de lo alto de la torre quisieron aun resistir al pie de ella; mas noticiosos de que los minadores habian abierto brecha por la parte infe-

rior y se disponian á entrar, pidieron cuartel y se rindieron al duque de Austria. Fueron muchos los que se ahogaron en el Nilo de una y otra parte, y muchos mas los que consumió el fuego, y los que saliendo á nado fueron muertos en el agua por los cruzados que estaban abordo de los bajeles ; y rota al mismo tiempo la cadena atada por uno de sus estremos á la torre, toda la flota entró libremente por alli para atacar á Damieta por el lado del agua.

»Sosegado algun tanto el desórden consiguiente á tan reñida batalla y encarnizada espugnacion,

fui á buscar á mi amo; mas pareciendo sucesivamente todos los campeones de la torre, y entre ellos Alberto, Adolfo no se dejaba ver. Pregunté al amigo por él; mas me contestó con aire no sé si triste ó distraido que al bajar la escalera de la torre se habian separado, y no le habia vuelto á ver."

Hasta este momento Margarita pendiente de las palabras de Everardo manifestaba en la mudanza de color en el rostro los diversos sentimientos que la agitaban, como si se hallase presente á los sucesos que aquel referia; mas cuando llegó á este paso, y

se persuadió á que verdaderamente habia desaparecido su amante, víctima de la cimitarra de los infieles, una mortal palidez se esparció por su bello rostro, y cayó exánime en los brazos de Gertrudis.

— »Cosa estraña parece, dijo el baron, la congoja de esta muchacha, y no sé á qué viene esta niñería. Retiradla, Gertrudis, y Dios le perdone el haber interrumpido la relacion de la Cruzada que me tenia embelesado. Mas, amigo, os confieso, añadió vuelto á Everardo, luego que Gertrudis y Margarita se retiraron, os confieso que me pasma el asalto de la

torre, atendidas las circunstancias que lo hacian tan peligroso, bien que si va á decir verdad una escena semejante presencié en el asalto de Constantinopla. Hubierais visto una resistencia tanto mas feroz y obstinada, cuanto era mayor la exaltacion de los ánimos. La presencia del jóven Alejo inflamaba á los cruzados; mas Comneno tambien contaba en su partido hombres valientes, y fue necesaria toda su cobardía y todo el heroismo de Dándoli y Montmorency y demas gefes, para salir con tan dificil victoria. Mas proseguid, que necesito de vuestra relacion para hacer sobre ella mis

observaciones, y comparar los adelantos de la táctica en esta nueva Cruzada."

Iba Everardo á proseguir su historia y complacer al baron; mas entró á la sazon Gertrudis pidiéndole de parte de su hija tuviese la bondad de verla un momento. El baron se levantó pausadamente de la silla, y fue á ver lo que tenia que comunicarle Margarita acompañado de Everardo, á quien durante el corto espacio que mediaba hasta el lecho de su hija, refirió casi todo el sitio de Constantinopla parando á cada momento, y durando mas de media hora el viage á la habitacion de Margarita.

CAPITULO IV.

RECONOCIMIENTO.

Parece que naturalmente deben ser los espectros y sombras únicos habitantes de las ruinas. Estas son el espectro y sombra del edificio, y requieren justamente sombras de cuerpos que los habiten. En efecto colocado un hombre en medio de las gigantes columnas y elevados arcos de un antiguo templo ó edificio gótico, se diria que el primitivo poseedor no ha renunciado todavía á su dominio y quiere conservar su herencia, im-

pidiendo con su presencia que el tiempo le arrebate los restos de su pasada grandeza. Tales parecian los dos cruzados contemplando con silenciosa admiracion las ruinas de la iglesia de Munsterhall por donde comenzaron el reconocimiento. Astolfo llevaba la luz que tomaron de la cabaña del hombre invisible, y la sombra gigantesca proyectada á sus espaldas contra las sólidas paredes de sillería comunicaba mayor sublimidad á esta escena de pavor y de misterios. Descubríase á trechos al través de las bóvedas el cielo estrellado, aumentando por la ilusion óptica la elevacion del edificio. Aves noc-

turnas cruzaban de un lado á otro deslumbradas con el desacostumbrado resplandor de la linterna, y el ruido sordo de sus alas interrumpia tan profunda calma de un modo horroroso, corriendo á guarecerse en sus agujeros de tropel, y dejando oir tal vez sus lúgubres ayes.

— »Bella compañía tiene el hombre invisible en su retiro, dijo el cruzado despues de haber atentamente considerado el vuelo tortuoso de las aves nocturnas, y realmente congeniará con ella, pues no dudo le favorezcan con sus visitas frecuentemente estos avechuchos."

— »Y ¿cuál es nuestro objeto principal en recorrer estas viejas paredes? dijo Astolfo. ¿Es hallar al invisible, ó meramente pasear por este ameno vergel lo que queda de la noche?"

— »El tiempo lo dirá; porque si nos viene á tiro la ocasion de sorprender al invisible no la despreciarémos, y cuando no, nos quedará el recurso de ejercitar nuestra antigua ligereza y habilidad en asaltar murallas y torres, figurándonos ser este monasterio la fortaleza del Tabor ya medio batida con las máquinas; y tomando á punto de honor no dejar escondrijo que no registremos, aun

á peligro de rompernos la cabeza."

— »Y de quedar á obscuras, añadió Astolfo dando una gran carcajada, al oir el estraño y caprichoso plan de su señor; á no ser que asegureis la linterna en la cimera del casco, y os queden libres las manos para asiros de las paredes como los macacos y ardillas de Palestina."

— » Donosas comparaciones traes y al propósito. Mas tú te hallas en posesion de proferir sandeces sin que nadie te vaya á la mano."

Un pequeño estruendo sonó en aquel instante á sus espaldas: sorprendidos volvieron á indagar la

causa, mas nada advirtieron que les desvaneciese las dudas. El cruzado no dudaba ser cualquier ruido ocasionado por el hombre invisible, y asi estaba sobre aviso; mas no Astolfo, cuya imaginacion mas preocupada con la idea de espectros y fantasmas temía á cada paso verse en frente de algun individuo de esta maligna raza. La iglesia era de una nave, mas poco deteriorada en comparacion de lo restante del edificio. Sus diferentes comunicaciones, á lo menos las inmediatas eran patentes á causa de estar las puertas arruinadas, y descubrirse los tramos de la anchurosa escalera á la izquier-

da de la iglesia. Hácia aquel lado se dirigian para recorrer las habitaciones superiores, cuando habiendo advertido una escalera abierta en el pavimento que se perdia en la obscuridad, bajaron por ella persuadidos como era en realidad, ser la del panteon. Mas un nuevo accidente suspendió al cruzado, y llenó á Adolfo de terror y espanto. Pocos escalones faltaban para llegar á lo mas hondo del subterráneo, cuando al reflejo de la luz que llevaba el escudero descubrieron ambos un guerrero inmóvil de estatura gigantesca y procera, y puesta la lanza en ristre en ademan de defender la ba-

jada contra el temerario que osase profanar con curiosa ó sacrílega planta la region de los sepulcros. Al lado del guerrero y recostado sobre el último escalon descubrieron asimismo una figura como de hombre dormido, cuyas facciones en cuanto lo permitia el penado reflejo de la moribunda luz eran de jóven y delicada persona. Tan estraño é inesperado espectáculo heló la sangre de las venas á Adolfo, y admiró sobremanera á su señor. Mas no careciendo de arrojo y serenidad sacó la espada, y bajando dos escalones con gesto y acento amenazador, gritó:

— »Caballero, quien quiera

que seais, franquead el paso á quien se cree con derecho á vuestra sumision, ó resolveos á disputarle con un vencedor de Damieta."

El misterioso guerrero no hizo movimiento ni dió respuesta alguna, y pudiérasele tener por alguna estátua colocada en aquel sitio para defender en apariencia la bajada, si el movimiento que hizo para dirigir la lanza no manifestase estar dotado de espíritu y sentimiento. Astolfo no se apartaba de su señor, pues la exaltacion de su fantasía habia desde el principio dado al traste con su valor, y temblaba de llegar á las manos con fantasmas y espectros. El cru-

zado aguardó un momento la contestacion refrenando al parecer su cólera; mas viendo que se tardaba:

— »Retiraos, grító con voz fuerte:" y precipitándose hácia el guerrero iba ya á disputar con él la bajada al panteon. Mas de repente aparece en lo alto de la escalera un bulto cuya forma era imposible distinguir.

— »¡Necio! exclamó con acento que manifestaba á un tiempo ira y compasion; ¿llevarás la profanacion hasta el seno mismo de la muerte?"

La nueva sorpresa no impidió al cruzado arrojarse hácia la sombra abandonando al guerrero; mas

ésta hizo un leve movimiento y desapareció.

— »He aqui verificada la invisibilidad de nuestro hombre, dijo á Astolfo quien permanecia como estúpido, pasivo espectador de la escena: mas á buen seguro que no gozará de la misma prerogativa ese estafermo de allá bajo, y yo respondo de su persona. Vamos, cobarde, ¿qué temes yendo conmigo?"

— »Yo á nadie temo sino á Dios; y no creo sea indicio de temerle mucho meterse con las almas que están ya bajo su inmediata jurisdiccion. Echadme á las barbas media docena de aquellos per-

ros descreidos de la Tierra Santa, y si no los hilvano con mi partesana uno tras otro como sartas de coral, quiero que me los claven en la frente."

— »Asi lo creo, respondió el cruzado bajando la escalera del panteon. Mas vive Dios que se ha escapado el pájaro de la jaula."

Esto dijo habiendo reconocido el espacio subterráneo, y notado una escalera tortuosa en frente de la que daba á la iglesia.

— »Esta aventura no debe quedar aqui, pues segun veo hay mas de un invisible, y todos saben aprovechar las comunicaciones admirablemente para substraerse á la vis-

ta de los curiosos. Sigamos por este lado y veamos qué hay por allá arriba."

Siguió Astolfo á su señor con la luz en la mano, y subiendo la opuesta escalera dieron en un salon espacioso en cuya testera se veia un altar, donde habia señales de haber existido un Crucifijo colosal engastado en la pared, y se echaba de ver en la figura de cruz aun dibujada en ella. Creyeron ser la sala capitular, ayudando á su presuncion algunos restos de la sillería antigua de esquisitas y prolijas labores; mas no era el reconocimiento de las paredes el objeto principal de su escursion; su

curiosidad cebada con la aparicion del misterioso guerrero ansiaba satisfacerse, aunque en el afan con que el cruzado registraba hasta los agujeros mas recónditos de aquellas ruinas se descubria un motivo superior al de simple curiosidad. Bien lo advirtió Astolfo, mas respetó el silencio de su señor por algun tiempo, hasta que viéndole empeñado en subir un tramo de escalera suspendido en el aire, pues habia faltado el apoyo del arco; y que ademas de la imposibilidad de llegar á él, no permitia sosten demasiado firme al peso del cuerpo y armadura, se atrevió á decirle:

— »Cualquiera que supiese habiais gastado dos horas por mero entretenimiento en reconocer nidos de lechuzas, os calificaria de galante caballero."

— »Me son indiferentes los juicios de los necios, los cuales se creen con derecho á juzgar de las obras que no entienden."

— »Mas permitidme os diga ¿cuál es vuestro objeto en subir á esa desmoronada escalera? ¿Creeis acaso que el hombre que acabamos de ver habrá podido subir por donde tratais de hacerlo?

— »Ya te he dicho que no tengo necesidad de darte cuenta de mis acciones. Ayúdame á colocar

esta piedra sobre el monton inmediato de escombros, y veré si alcanzo con la mano á la estremidad del arco."

— »He aqui el fruto de la victoria y el descanso preparado al trabajo; venir á enterrarnos en vida por un capricho. Mas valiera habernos quedado en las mazmorras del Cairo, ó entre aquellos perros de Damieta... que emplear en levantar piedras negras las manos consagradas á esterminar los enemigos del nombre de Cristo, y á restituir al seno de la iglesia..."

— »Maldiciente, silencio: no vuelvas á tus pasadas necedades, pues la paciencia tiene sus límites,

y á la mia nada falta ya para salvarlos."

— »Ciertamente soy necio, pues logro amenazas y castigos en premio de verdades y celo. Enhorabuena, voy á ayudaros, y desde ahora me lavo las manos de las consecuencias de tan inútil temeridad."

Dicho esto arrimó la linterna á un pedazo de pared, y asiendo un enorme fragmento de capitel le colocó sobre otras piedras, hasta tanto que el cruzado pudo alcanzar con la mano una de las piedras desunidas, que apenas se mantenia pegada á las inmediatas. Su ligereza y agilidad le valieron en

aquella ocasion para ganar de un salto el último escalon; mas no fue sin una violenta sacudida procedida del peso repentino del cuerpo sobre el arco destituido de apoyo. La piedra mas salida cayó llevando consigo las mas próximas; el arco bamboleó; mas el cruzado se mantuvo firme y se inclinó á dar la mano á Astolfo, quien alargándole primero la linterna, se disponia aunque con repugnancia á seguir á su señor. Mas en aquel instante el peso y esfuerzos del caballero determinaron la ruina del arco y de parte del paredon á que estaba unido. Cayó con espantoso fracaso envolviendo en sus

ruinas al atrevido cruzado, la luz se apagó, y Astolfo atónito y fuera de sí de horror permaneció largo tiempo conservando apenas el sentimiento de su existencia. Por fin volvió en sí y se cercioró de la terrible catástrofe. No podia dar un paso sin esponerse á hundirse en un precipicio, ignorando absolutamente el terreno. Comenzó á dar voces llamando á su señor; mas no contestando sino el eco lejano de las desiertas habitaciones del monasterio, acabó de convencerse de la desgracia, y su corazon oprimido de dolor se desahogó con algunas lágrimas. Mas su crítica situacion no le permitía

abandonarse al exceso de la pena ocasionada por la pérdida de su señor; procuró á tientas reconocer las inmediaciones; aunque las piedras sillares caidas de la escalera y pared vecina amontonadas á muchos pies de altura le quitaban hasta la mas remota esperanza de estraer el cadáver de su señor sepultado en aquellas ruinas, y víctima de su temeraria curiosidad.

En tal conflicto se acordó del hombre invisible, y con el acento de la agonía y desesperacion exclamó:

— »Hombre invisible, venid á socorrerme."

¡O prodigio! oye á poca distan-

cia una voz sumisa, que le habla de esta suerte.

— »Astolfo, retrocede cuatro pasos, vuelve despues á la izquierda, y camina en línea recta hasta salir al campo. Vuelve á la cabaña, y descansa hasta la mañana.''

— »Decidme ¿quién sois?''

Un profundo silencio respondió á su pregunta, y viendo ser inútil aguardar mas, ejecutó al pie de la letra la órden del invisible; retrocedió cuatro pasos, y tomando la izquierda no obstante la densa obscuridad que le rodeaba, sintió en el rostro la frescura húmeda del aire de la selva, y conoció se hallaba efectivamente en una de

las salidas del arruinado monasterio.

Mas no habian cesado aun los sobresaltos y aventuras de aquella noche. Oyó un ligero ruido junto á sí, y parando atentamente el oido, quedó pasmado al escuchar dos personas hablando en voz baja. Segun lo que entonces decian, manifestaban haber ya tiempo que comenzaron su diálogo, y cuando Astolfo se detuvo oyó lo siguiente:

— »La ligereza y juventud son para el hombre dos enemigos mas temibles que el cocodrilo al viagero. Una resolucion consultada solo con la pasion sin llamar en su compañía la prudencia es lo mismo

que esponerse á hacer el viage á la Santa Ciudad sin escolta. ¿Cuántas veces el pestífero Simoun ha levantado hasta el cielo columnas de arena, y las caravanas enteras han sido cubiertas de aquella masa y encontrado en ella su sepultura, por no escuchar las voces de los hombres de Dios, que les ordenaban dilatar su viage? Tú tienes la ligereza del avestruz para correr, y no la astucia y calma del chakal para esperar. Has espuesto mi edad y mis canas á ser tratadas por estos perros nazarenos del modo que los árabes tratan á los siervos del Profeta cuando los sorprenden en el desierto. Y final-

mente ves ya aqui el fin de nuestro viage, y el consuelo que llevarás de haber rendido tu creencia y tu persona á las protestas de un infiel.''

Esto habló el primer interlocutor, cuya voz aunque sumisa, abultada y fuerte no solo indicaba ser de hombre, sino tambien la autoridad que ejercia sobre el otro, quien tardó poco á responder, exhalando primero de lo íntimo de su pecho un dilatado suspiro. Su acento agudo y delicado le descubrian por muger.

— »Os complaceis, dijo, en despedazar mi corazon. El tigre no devora con mas furor las entra-

ñas de la gacela en el desierto, que vos despedazais las mias. Este es el consuelo que recibo despues de los juramentos de seguirme y protegerme hasta la muerte. ¡Ah! vuestro Profeta no venga la falta de palabra, y mi Dios venga en mí haberme fiado de las protestas de un infiel. Yo puse en vuestras manos mi vida, mi honor; jurasteis por vuestra barba no abandonarme, ni acriminar jamás mi conducta. Yo no vi otro mas á propósito para contribuir á mi felicidad; y ¿este es el cumplimiento? Estando ya á punto de ver al que es para mí mas dulce que la inundacion del Nilo á los campos de

mi patria, el desgraciado Alberto se ve abandonado de su protector."

— »¡Ah! necia, necia, mas sencilla que el niño pendiente del seno de su madre. Llora, mas una huri estrangera te ha robado el corazon de tu amante, si él ya no está ahora yerto en el sepulcro."

— »Quereis engañarme con falsas suposiciones; mas antes dejará la cigüeña de fabricar el nido en los techos hospitalarios de mi pais, que deje yo de seguir hasta encontrar á mi luz, y obligarle á recibirme por su esclava."

— »Será lo que querais; las palabras de la madurez y pruden-

cia son desoidas: el Profeta enderece mis pasos por la senda de las tinieblas, yo os seguiré adonde gusteis, lo he jurado...."

— »Callad, que nos escuchan:" le interrumpió la muger... y pronunciadas estas palabras cesó enteramente el diálogo, y Astolfo solo percibió un ligero estruendo como de quien se aleja precipitadamente.

¿Qué reflexiones debia producir en el atónito escudero del cruzado tan estraña aventura? Oir en el centro de Alemania, en una noche obscura, y en las ruinas de un monasterio dos desconocidos estrangeros, cuyo idioma le daba

á conocer su patria (pues en el tiempo de su espedicion á Siria y Egipto habia tenido ocasion de aprender medianamente el árabe) ¡qué misterio tan inesplicable! No quiso empeñarse en las ruinas que acababa de abandonar, acordándose del hombre invisible y de su órden terminante; mas no dejó de aplicar el oido por si escuchaba algun nuevo diálogo; pero habiendo inútilmente aguardado algun tiempo, se encaminó á la choza del invisible. La luz que antes le habia servido de faro le enseñó ahora tambien la direccion, y á poco rato se halló dentro de la cabaña. Llamóle la atencion un papel re-

cientemente escrito que estaba sobre la mesa, y cuyo contenido era el siguiente: »Reconoce los efec»tos de la impertinente curiosidad.
»Vuelve á tu pais, allí te aguarda »el amor y la belleza: no vayas á »Steenhausen, que allí está la »muerte: si no obstante insistes »en desconocer la razon y reli»gion, tiembla de que amanezca »sobre ti el 24 de Agosto."

Recorria Astolfo pasmado aquellos misteriosos caractéres: suena un ruido á sus espaldas; vuelve la cabeza.... ¡cielos! ¿estaba aquella noche destinada á los portentos? Era su amo.

CAPITULO V.

APARICION INESPERADA.

Poco era lo que faltaba para finalizar la historia de Adolfo. El baron de Steenhausen estaba impaciente por oirla, y Everardo se dispuso á complacerle. No quiso asistiese su hija por no esponerla á algun trastorno, atendida la exaltacion de su sensibilidad. Everardo concluyó asi su relacion.

— »Afligido con la noticia de Alberto me separé de él para indagar el paradero de mi señor; mas mis pesquisas fueron inútiles,

y solamente adquirí la terrible sospecha de su muerte. Dijéronme algunos soldados que le habian visto caer al Nilo desde una de las ventanas de la torre, añadiendo que su casco distinguido de los demas por una garzota de plumas blancas y verdes se habia visto al pie de ella; prueba cierta de haber sido desarmado su dueño. Olvidábaseme deciros como antes de la accion y asalto de la torre me entregó Adolfo la carta de que he sido portador, y me encargó la consignase á vuestra hija, como garante seguro de no ser inminente el riesgo á que se esponia; mas añadió que no me apartase de él

demasiado para entregarme el anillo, lo cual no pudo verificarse, porque aunque fui de los primeros en saltar del castillo á la torre, la confusion y desórden general, y el haberse Adolfo y Alberto precipitado por la escalera en persecucion de los vencidos fueron impedimento á mi intencion de seguirles, y la resistencia desesperada que aun hicieron sobre la plataforma algunos sarracenos y que solo cesó con su muerte, retardó nuestra total victoria. Finalmente cuando despues de las mas esquisitas diligencias no logré otro fruto que respuestas vagas ó contradictorias, me persuadí realmen-

te haber perecido, y no hallándome en disposicion de continuar la guerra, abatido y triste por la pérdida de mi señor aproveché la ocasion de una nave pronta á hacerse á la vela para este pais, y en compañía de algunos cruzados á quienes ó sus negocios ó sus heridas precisaban á regresar á su patria, emprendí el viage. Fue este largo y desastroso; estuvimos mil veces á punto de ser tragados por el mar, y últimamente se levantó á vista de estas costas la borrasca mas furiosa que hemos sufrido, y y sin ser poderosos los esfuerzos de los marineros, nos arrojó la marea á la embocadura del Jade,

donde afortunadamente pudimos salvar á beneficio de la creciente la barra del rio, y despues de mil fatigas y peligros llegar á salvo, y cumplir la comision de mi malogrado señor."

Esta fue la relacion de Adolfo, que el baron escuchó con menos interes que al principio, por no versar sobre su asunto favorito y predilecto, á saber guerras y batallas.

— »No obstante dijo á Everardo. Me ha servido de estrema complacencia oiros, y veo por vuestra relacion lo acertado de las medidas de los gefes de la cruzada. Mas si siguieran mi consejo

y el ejemplo del asedio de Constantinopla, seguramente no espusieran tanto la gente, de la que deben ser económicos los capitanes. ¿Por qué, valiéndome del ejemplo que acabo de proponer, un puño de cruzados bastó para hacer enseñar las espaldas á cien mil hombres con Alejo á su frente? ¿Por qué se perdió tan poca gente en el asalto á pesar de la nube de defensores? Yo os aseguro que no obstante la pérdida de Safedin y conquista de Damieta podian vivir mas de los que viven, y no haber quedado sepultados en el Nilo tantos valientes, si Maestre Olivier á imitacion de los an-

tignos formára su testudo por abajo para resguardar los pies de los defensores, asi como los cubrió por arriba contra las flechas y fuego griego: semejante invento fuera un portento de arquitectura militar. Por ejemplo, ¿por qué no hizo salir de trecho en trecho fuera de la torre anchos tablones colchados de lana empapada en vinagre y aceite para impedir la accion del fuego, y con esto lograba conservar la vida á los que en el calor del combate cayesen de lo alto de la plataforma? Las cortas distancias y el mullido disminuyeran la fuerza de la caida, y os juro que pocas misas de difuntos tu-

vieran que celebrar los clérigos por los valientes de la torre del Nilo. ¿Qué decís?"

— »Digo, contestó Everardo, que teneis razon, y vuestras luces fueran de sumo auxilio en Egipto. Mas vuestra edad os dispensa de tales fatigas: es justo descanseis."

— »¿Mi edad? replicó el baron con una energía poco ordinaria en él. ¿Mi edad? no lo atribuyais á ella. Enrique Dándoli glorioso caudillo de nuestra Cruzada tenia ochenta y cinco años, y con tanta gracia asomaban por debajo de su lucido casco sus blancas y lacias canas, como pudieran asomar los

ensortijados bucles del cruzado mas jóven y galan. Mas el abandonar á esta muchacha, y dejarla espuesta á triste horfandad en sus tiernos años me llegaba al alma, y no me pude vencer á tomar la cruz. Y ahora con la desgracia de ese jóven... ¿Qué no daria yo por haberme hallado junto á él para dirigir y contener su impetuosidad juvenil? Entonces...."

Everardo temió que el baron emprendiese un catálogo de los consejos que hubiera dado á Adolfo en su carrera militar. La pausa con que hablaba naturalmente hacia sus relaciones sobrado difusas, y el escudero de Adolfo creyóse

dispensado de oir contar lo que ya sabia, y de conservar las etiquetas de la urbanidad con el baron, acostumbrado por otra parte á frecuentes interrupciones sin darse por ofendido.

— »Señor baron, le dijo, solo os pido una gracia y es me permitais retirarme á mi patria con la mayor brevedad, entre otras razones por no dilatar á mi esposa la alegría de verme regresar sano y salvo.''

— »Bien, contestó el baron; mas las esposas son vehementes en sus deseos, y es preciso no dejarles tomar sobrado ascendiente sobre sus maridos: vos partiréis

dentro de cinco dias; pues el espacio de ocho es el mas corto que necesitais para rehaceros de las fatigas del viage. Entretanto os convido á venir frecuentemente á tratar conmigo de una nueva Cruzada, cuyo plan estoy trazando hace algunos dias, y saliendo segun espero, solo pido un año para sujetar á los cristianos todo el pais que media entre las bocas y cataratas del Nilo. En primer lugar para predicar la cruzada echaria mano de.... ¿lo adivinariais? de ese ermitaño de las ruinas de Munsterhall, quiero decir del Hombre invisible."

Era la primera vez que Eve-

rardo oia hablar de este misterioso sugeto, y asi pidió al baron le informase del hombre distinguido con epiteto tan estraño, pregunta á que satisfizo el padre de Margarita con las noticias generales esparcidas por el pais tocante al ser misterioso.

— »Mas en tal caso, prosiguió Everardo, deberá forzosamente cesar en él la invisibilidad; pues si la gente oyera solo la voz sin saber de dónde salia, se alborotaria sin duda creyendo ser por mal arte."

— »Serian unos necios en no tenerlo mas bien por un ángel si asi fuese, respondió con frialdad

el baron nada conmovido con la socarronería de Everardo; en fin el invisible predicaria la Cruzada....."

— »Y yo desearia conocerle, á cuyo fin os suplico me acompañeis á ese monasterio para visitarle."

Pronunció Everardo estas palabras con impaciencia, lo cual notado por el baron le dijo:

— »Teneis sobrado viva la sangre, mas no dudeis os complaceré en vuestro deseo."

—»Y entretanto, prosignió Everardo concluyendo el período, permitidme retirarme á descansar."

— »Id enhorabuena, y acordaos de lo que os acabo de decir,

y sobre todo no olvideis que el descanso de un soldado, y de un soldado de Cristo, es no tenerle jamás."

El escudero de Adolfo solamente oyó las dos primeras palabras del baron, y usando sin demora de la licencia se alejó de la sala de conferencia con ligereza poco comun en él.

Solo dos dias faltaban para emprender el viage hácia su pais, cuando apareció en la puerta del castillo de Steenhausen un labrador con un billete dirigido á Everardo. Bajó este al primer aviso, mas llegó solo á tiempo de recibir el papel de mano de un criado

del baron, á quien el labrador desconocido le entregó, y partió al momento. Leyó Everardo la carta, y la sorpresa y pasmo le dejaron estático é inmóvil por mucho tiempo. Efectivamente era para sorprender y dejar suspenso su contenido. Decia asi:

»Venid á encontrarme á mi cas-
»tillo de Denkrost. Prevenid al
»baron de Steenhausen mi regre-
»so : la Providencia me ha conser-
»vado milagrosamente, y decidme
»si Margarita piensa todavía en
»mí. No tendrá entonces límites
»la felicidad de = *Adolfo*."

Apenas podia Everardo dar crédito á sus ojos; parecíale un sue-

ño, y en este estado de estupidez é inaccion le halló uno de los criados del baron, los cuales habiendo notado los efectos producidos en él por la lectura de la carta, lo habian inmediatamente participado á su amo. El criado lo sacó de su enagenamiento diciéndole que el baron estaba impaciente por verle, y le aguardaba en su gabinete. Subió allá maquinalmente y por toda respuesta á la pregunta sobre la novedad, le enseñó la carta. No se desmintió la calma del baron á la vista de tan plausible é inesperada nueva. Volvióse á Everardo y con una sonrisa enteramente afectada le dijo:

— »Marchad y decídselo á mi hija, pues no dudo le causará alegría. Ahora espero tener buenas horas y entretenidas, pues tu amo se esplica tan bien con la lengua como con la espada."

No obstante la órden del baron, Everardo creyó peligroso dar repentinamente á Margarita las nuevas tan suspiradas, temiendo le causasen trastorno mas fatal que el de la noticia de su muerte, y pensó irla preparando por grados. A este fin se presentó en la sala donde en compañía de Gertrudis atendia á su labor, y sin esperar á que le preguntasen el motivo de aquella visita desacostumbrada, di-

jo á Margarita: — »Señora, vengo á recibir vuestras órdenes, antes de emprender el viage á mi patria, el cual se ha anticipado dos dias."

— »¡Dos dias! respondió Margarita cesando entonces en su labor: y ¿quién os precisa á ausentaros tan pronto?"

— »Novedades, señora, que si os debiesen causar tanta satisfaccion como á mí, no tendria dificultad en referíroslas."

— »Vuestras satisfacciones no pueden serme indiferentes, replicó Margarita mudando el color, y mirando fijamente á Everardo; pero esplicaos mas claro."

— »Ha llegado una comitiva de cruzados, y en ella algunos del escuadron de Adolfo."

— »¿Qué decís? eselamó Margarita levantándose de la silla con precipitacion: ¿será posible?"

— »Sosegaos, señora, yo ignoro quiénes son, y tambien las circunstancias de su llegada, y por lo mismo parto á encontrarme con ellos á fin de averiguar é informarme si traen alguna nueva de mi señor."

— »¡Dios mio! exclamó Margarita con el acento de la incertidumbre; ¿si finalmente nos le habreis traido?"

— »No seria estraño, respon-

dió Everardo, pues en realidad noticia positiva de su muerte ninguna hubo, y únicamente de su desaparicion: y yo confio, y casi me atrevo á asegurar que le verémos bien pronto."

— »¡Ah! ¿tambien vos os conjurais con Gertrudis para burlarme con lisongeras ilusiones?"

— »¿Tan apreciable os seria la realidad en este momento?"

— »Juzgadlo por vos mismo:" contestó Margarita dando á Gertrudis una espresiva mirada, y bajando luego los ojos cubierta de rubor.

Everardo conoció en las disposiciones de Margarita no ser ya

aventurado participarle la nueva, y asi á la última respuesta de la doncella añadió:

— »Si por mí lo he de juzgar daria la mejor parte de mi vida como fuese cierto; y á fin de asegurarme voy sin detencion á encontrar á los viageros, que no estarán muy distantes de aqui."

Gertrudis adivinó lo que significaban estos preludios, é interrumpiendo á Everardo dijo á Margarita:

— »¿Creeis que la venida de Everardo es con el fin de despedirse? La alegría de su rostro se debe á un motivo mas que á la esperanza de ver á su esposa, y esa

alegría os interesa mas directamente."

— »Gertrudis, vos lo habeis adivinado:" concluyó Everardo al ver á Margarita arrojarse en los brazos de su aya, la cual la estrechó contra su seno llenándola de besos y caricias.

— »¿Con que es cierto que Adolfo vive?" dijo Gertrudis cuando hubo calmado algun tanto la agitacion de Margarita.

— »Y que no está muy distante de Steenhausen, añadió Everardo, segun vereis por la carta que acaban de entregarme."

Dicho esto presentó el billete á Margarita, quien reconociendo

fácilmente aquellos amados caractéres al traves de las cristalinas perlas que empañaban sus bellos ojos, volvió á esconder su rostro en el seno de su amiga.

Cumplida su comision trató Everardo de partir, y dejándolas entregadas á las dulces é inexplicables sensaciones que debian ser natural efecto de tan repentina y suspirada noticia, se despidió del baron, y salió del castillo con direccion al de Denkrost, distante pocas leguas de Steenhausen. El baron pasó á ver á su hija, y la encontró todavía en el estado de agitacion consiguiente á las novedades recientes, y en las cuales

debia tomar una parte tan activa. Dióle el parabien de la vuelta de Adolfo, y con la franqueza propia de su carácter le intimó fuese ya disponiéndose para el dia en que un feliz himeneo debia coronar las victorias de Adolfo, y los deseos de entrambos. La hermosa Margarita oyó con rubor la órden de su padre, y su semblante se tiñó de carmin; mas su tierno corazon palpitaba de alegría, y en aquel momento su felicidad era la mas pura que jamas hubiese esperimentado. Desde entonces todo mudó de aspecto en Steenhausen, y todo respiraba el aire de la felicidad y satisfaccion: la naturaleza

recobró todos sus encantos á los ojos de la dichosa amante. Ya no eran aquellos dias tristes y monótonos, en los que se sucedian con uniformidad melancólica las ocupaciones: ya no pasaba las noches bañada en lágrimas, y representándose la imágen de la muerte en mil variadas formas y siempre terribles, descargando su furor sobre la cabeza de su amante; ya no la encontraba la aurora con el semblante pálido y lloroso, aguardando un dia tristísimo tras una noche terrible: todo habia desaparecido y todo lo embellecia el amor. Adolfo, solo Adolfo la ocupaba; y el vencedor de Damicta con to-

do el prestigio de la gloria y del valor se ofrecia á su mente, presentándole los laureles de que solo á ella era deudor. Tan dulces quimeras la tenian enagenada, y su embeleso crecía, cuando la cariñosa Gertrudis comenzaba la conversacion sobre Adolfo, escusando á su modestia el rubor de ser la primera en hablar, y satisfaciendo á su corazon sin queja del recato. ¡Cuánto no dijeron! ¡cuánto no repitieron! ¡cuán envanecido pudiera estar Adolfo si fuera testigo del tierno interes que inspiraba á aquella delicada y sensible beldad!

Habian pasado dos dias despues de la partida de Everardo: el se-

gundo iba ya declinando, y el sol descendia lentamente á ocultarse detras de las ruinas de Munster-hall, dorando sus elevadas y negruzcas almenas con los rayos del ocaso. Margarita como acostumbraba, permanecia en la atalaya, donde sin testigos daba libre curso á sus dulces y amorosos pensamientos. No descubria á lo lejos pasagero, que no palpitase su corazon creyendo ser Adolfo. Mas los pasageros no se desviaban del camino real para tomar el que conducia á Steenhausen. Solo advirtió un hombre vestido al parecer de trage humilde y tosco usado ordinariamente por los aldeanos

del pais, el cual habiendo llegado al punto de division entre los dos caminos, se detuvo como para determinarse cuál escogeria, y despues de algunos instantes de indecision, tomó el del castillo. Cuando el corazon se halla ocupado de algun deseo ó pasion vehemente, las menores circunstancias y los sucesos mas ordinarios bastan para conmoverle, y excitar en él mil ideas y pensamientos, y aun para que se adelante á augurar y á formarse profecías á su capricho. No habia cosa mas natural que un aldeano por el camino del castillo; mas el estado de agitacion de Margarita forjó en su mente

mil ideas, y la enardeció en términos de hacerle olvidar hasta el mismo Adolfo, y el motivo que la habia conducido á la atalaya. La lentitud con que el desconocido caminaba y las frecuentes detenciones que retardaban su marcha inspiraron á Margarita tan viva curiosidad de conocerle, que cuando le pareció estaba inmediato, abandonó la atalaya, y fue en derechura á buscar á un criado para que se informase quién era el aldeano que acababa de llegar á la puerta del castillo. Quedó pasmada al oir la respuesta del sirviente, quien le aseguró no haberse dejado ver aldeano ni es-

trangero alguno todo aquel dia. No podia concebir cómo era posible haberse desviado, pues la avenida carecía de subdivisiones parciales, y un espeso bosque guarnecia sus lados. Era pues evidente haberse metido el aldeano en la selva; mas ¿con qué fin, y á hora tan intempestiva? Abismada en estas reflexiones hubiera pasado gran parte de la noche, si otra novedad mayor no la distrajera repentinamente de sus pensamientos. El palacio de Steenhausen pareció se conmovia gradualmente: un murmullo sordo se escuchaba en todas las habitaciones; veíanse correr los sirvientes apre-

suradamente de una á otra parte; y en esta confusion que visiblemente crecia, Margarita estaba inmóvil y como estática, sin atinar la causa de aquel movimiento general. Ve venir hácia sí una muger desalada: esta muger era Gertrudis:

— »Venid, exclama echándole los brazos al cuello; venid: acaba de llegar."

— »¡Cielos!" dice Margarita; y sus hermosos ojos se elevaron al firmamento con una espresion celestial. Trémula, palpitando, apoyada en el brazo de su aya pasa á la habitacion de su padre. Un sin número de luces desterraban la

obscuridad; y el alegre desórden y festivas disposiciones que por mandato del baron se hacian para el recibimiento de Adolfo preparaban al triunfador de Damieta uno de aquellos gloriosos espectáculos tan apreciados en los siglos del valor y entusiasmo caballeresco. Apareció por fin en medio de las generales aclamaciones el jóven cruzado. Rodeado de sus escuderos y de un lucido cortejo se dejó ver en la sala donde le aguardaba el baron. Alza la visera y deja ver su gallardo y hermoso rostro. ¡Cielos! qué momento para Margarita: toda su alma se agolpa á los ojos: contempla enage-

nada á su amante: el mismo es: aquellos ojos penetrantes, aquella fisonomía altiva á un tiempo y graciosa, aquel continente fiero y marcial..... todo le anuncia su Adolfo: bien es verdad que el sol abrasador de Egipto ha tostado su cutis: el metal de su voz ha cambiado algo; y los trabajos y fatigas han alterado algun tanto los juveniles y delicados atractivos de un niño; mas en cambio ha adquirido los gloriosos de un vencedor; y hasta en su despejo y galantería halla Margarita que admirar algo diferente del ruboroso y modesto encogimiento, que en él notára al tiempo de su partida.

Quita de su nerviosa mano la pesada manopla, y el brillo de un diamante hiere los ojos de la hija del baron.

— »Mirad, dice en voz baja á Gertrudis, cómo sabe desempeñar sus promesas...."

Entretanto el baron se adelanta pausadamente á Adolfo, y le tiende con dignidad los brazos diciéndole:

— »Adolfo, este momento de alegría solo puedo compararlo al glorioso en que Isaac Angelo recibió en sus brazos al jóven Alejo despues de la toma de Constantinopla: jamás he sentido placer igual." Adolfo le besó la mano, y

el baron le abrazó cordialmente, y luego le presentó á Margarita. La hermosa doncella apenas en sí por la confusion de dulces afectos que luchaban en su corazon, no sabia qué hacerse, y maquinalmente alargó la blanca mano á su jóven amante, quien imprimió en ella un beso de fuego, diciéndole al mismo tiempo:

— »Vengo, señora, á devolveros el anillo que me ha servido de talisman contra los hechizos, y de escudo contra el hierro enemigo. El cielo que ha unido á él la virtud de hacerme invencible me conduce ahora á los pies de la deidad, á quien soy deudor de los triun-

fos. Permitidme pues publicar á la faz del mundo, que Adolfo es el mas feliz de todos los mortales."

Margarita con voz mal segura le respondió:

— »La satisfaccion que me causa vuestra venida me obliga á disimular las lisonjas de vuestro afecto. Me fueron dolorosas las nuevas de vuestra muerte, y mi padre quiere que las de vuestra vida y victorias no me sean indiferentes; su voluntad va de acuerdo con mi corazon."

El huésped se retiró á disfrutar el necesario descanso; el castillo de Steenhausen respiraba por to-

das partes regocijo y fiesta, y Margarita.... Margarita no cerró sus bellos ojos al sueño.... amor y alegría la tuvieron desvelada hasta la aurora.

CAPITULO VI.

FIESTA NUPCIAL.

— »¿Creeriais, decia un dia Margarita á su querida Gertrudis, que siento en mi corazon un vacío, á pesar de los motivos de gozo que tengo; vacío cuya causa no atino, y que me hace infeliz en el seno mismo de la ventura?"

— »Nada estraño de cuanto decis, respondió Gertrudis; pues es ya costumbre en vos atormentaros cruelmente sin ocasion: vuestra imaginacion os arrastra en pos de sí, y si no os vais á la mano, se-

reis víctima de vuestra estremada sensibilidad ó capricho. Perdonad, mi adorada Margarita, hija de mi corazon; ¿qué mal es capaz de afligiros? Consuelo de vuestro padre, ídolo de cuantos os conocen, reunida ya á Adolfo, con fundada esperaza de no separaros ya de él; ¿qué mas deseais?"

— »Yo misma ignoro lo que deseo, y solo parece me habla el corazon diciéndome no he de ser feliz."

— »Y ¿por qué no respondeis á esas quimeras de una exaltada imaginacion con las realidades de que al presente disfrutais? Si al presente os oprime la tristeza,

¿cuándo estareis alegre? Que pasaseis los dias sombríos y melancólicos, cuando la ausencia de Adolfo, los temores de su pérdida, la representacion de sus peligros justificaba vuestro dolor, era razon; y la naturaleza, el amor, el deber aprobaban un sentimiento y desahogo semejante; mas una tristeza sin fundamento, y cuyo orígen es quimérico, ¿cómo merecerá aprobacion?"

— »Sí, conozco ser irracional y pueril mi pena; mas no está en mi mano evitarlo: en el fondo de mi alma vive el gérmen del dolor, y sin saber por qué, en especial desde la llegada de Adolfo, lloro

y me aflijo sin consuelo. Decidme, ¿no es cierto que el corazon es profeta? ¿Cómo pues me anuncia desgracias?"

— »El corazon es profeta, mas degenera en supersticioso, si se da sobrada fe á sus vaticinios. Y sino, mirad, ¿cuando teniais á Adolfo por perdido, no os lo hacia creer el presentimiento de vuestro corazon? Ya veis como en esta ocasion se ha desmentido su prevision profética."

— »Mi razon se convenee; pero mi corazon no se tranquiliza: mas quiero por esta vez adherir á vuestro dictámen, y creer voy á ser feliz no obstante los gritos que

me anuncian lo contrario.''

— »Vereis como la costumbre de pensar alegremente disipa sin sentir la melancolía genial que os devora; y tratad sobre todo de no dar á conocer vuestra tristeza á Adolfo, pues seria el hombre mas desgraciado del mundo, si el único bien que tiene en él, fuese el principio de su infelicidad, y la recompensa de su valor y fatigas.''

Margarita procuraba vencerse manifestándose risueña y satisfecha en especial delante de Adolfo; mas no era tanto su disimulo, que no lo echase de ver este jóven, y le causase un sensible disgusto. Pero respetando al parecer el do-

lor de su amada, no se tomó jamas la libertad de preguntarle la causa, creyendo ser efecto del genio naturalmente melancólico, ó atribuyéndolo tal vez al sentimiento de separarse de su padre. Como quiera que fuese no impedian los pensamientos de los dos amantes la apresuracion de los preparativos para la boda, que debia celebrarse dentro de pocos dias, y el baron trataba fuese digna de su grandeza y del amor que tenia á su hija. Entretanto no se descuidó en hacer pagar á Adolfo el tributo acostumbrado; es decir obligarle á referir sus espediciones militares, en especial en el sitio de

Damieta. Tuvo Adolfo que comenzar desde el principio repitiendo la historia con el mismo órden observado por Everardo, interrumpido frecuentemente por las observaciones del baron, quien no escaseaba los comentarios á cada suceso. Unicamente faltaba á éste saber los últimos acaecimientos peculiares á Adolfo desde su separacion de Everardo; deseo que satisfizo el amante de su hija en estos términos:

— »Poco os molestaré ya con la historia de mi vida: cuando en compañía de Alberto bajé por la escalera de la torre acuchillando á sus defensores, llegamos á una sa-

la de bastante estension, donde veinte sarracenos se hicieron fuertes, y nos cercaron por todas partes. No habiendo acudido con tiempo los cruzados que bajaban tras de nosotros, vímonos en el último conflicto, del que á duras penas pude librarme precipitándome por una ventana que daba al Nilo, donde el peso de la armadura me hubiera anegado sin remedio, si por fortuna no tropezára con un mástil roto, al cual me así fuertemente, y magullado con los golpes que la violencia de la corriente me hacia dar contra los maderos flotantes sobre las aguas, pude finalmente ganar la orilla en un lugar

distante del teatro de la batalla. Este sitio estaba lleno de malezas, circunstancia que contribuyó á mi salvacion, pues á poca distancia habia una torre guarnecida de enemigos que dominaba el rio, é indefectiblemente me hubieran visto, á no haber permanecido oculto por espacio de tres dias, manteniéndome únicamente de las yerbas que crecian junto á mí, incapaz de valerme á causa de las heridas y pérdida de sangre, hasta que plugo al cielo cruzase por aquel lado una de nuestras naves que volvia á San Juan de Acre con la noticia de la toma de Damieta. Recogiendo mis pocas fuer-

zas, hice una seña con la mano; entendiéronla fácilmente, y acercándose á la orilla no obstante la granizada de piedras disparadas desde la torre, y la nube de dardos y demas armas arrojadizas, me recogieron en la nave y lleváronme á San Juan de Acre. A Alberto dejé atravesado de mil heridas, á las cuales debió rendirse, mas no sin vender cara su vida; pues él solo hizo morder tierra á ocho de los enemigos dentro de la torre. Mi recobro fue sumamente lento, no obstante aun no bien restablecido de las heridas me embarqué en la primera nave que se hizo á la vela, y despues de un viage fe-

liz he tenido el placer de ver no solo mi patria, sino lo que me hace dulce su mansion. Participé mi arribo á Everardo, fiado en su discrecion para dar la noticia de mi vuelta, pues habiéndose segun me dijeron, esparcido la fama de mi muerte, podia ocasionar algun trastorno fatal mi repentina aparicion á quien no estuviese prevenido. En mis desgracias y trabajos cuento por el mayor la pérdida del retrato de Margarita, el cual en mi caida al Nilo quedó casi totalmente borrado por el agua, privándome del precioso talisman, que era mi preservativo contra los peligros y la muerte."

Realmente asi era, y Adolfo enseñó al baron el retrato de Margarita del cual apenas quedaban algunos rasgos de fisonomía, mas confusos y difíciles de conocer. El baron le dijo sonriéndose que bien presto le consolaria de la pérdida de la copia la posesion del original.

Dadas ya las órdenes, y hechos los brillantes y costosos preparativos para la boda, señalóse el dia que fue el tercero despues de esta última conferencia de Adolfo con su futuro suegro. Este le instó para que hiciese venir á su padre á ser testigo del fausto enlace, y autorizar con su presencia la so-

lemne fiesta nupcial. Mas á su demanda respondió Adolfo serle imposible asistir por entonces, á causa de tenerle postrado en el lecho un dolor agudo, razon por la cual habia dejado en su compañía á Everardo para su asistencia. Quedaron pues convenidos en ir á pasar con él dos meses inmediatamente despues de la celebracion; y arreglarlo de suerte que en adelante viviesen juntos formando una sola familia.

Amaneció el dia de la solemnidad, aunque no sereno sino turbio y nebuloso, mas la interior alegría de los corazones no reparaba en las variaciones de la natu-

raleza: solo en la melancólica Margarita parecia haber influido algo el triste y sombrío aspecto del cielo. Mas los tiernos cuidados de Gertrudis, y el natural esmero en ataviarse para la funcion la distrajeron insensiblemente de modo que llegó la hora, y su hermoso rostro disipadas ya las nubes se mostró como la aurora risueña tras una noche tempestuosa. Los atavíos brillantes y costosos realzando sus gracias naturales la hacian parecer á los ojos de todos una cosa mas que humana, y sobre todos el dichoso Adolfo embriagado con la idea de la próxima ventura la contemplaba embe-

lesado, y parecia acusar la lentitud de las horas que tardaban en asegurar para siempre su felicidad. Mirábale Margarita, y no obstante la virginal modestia que le impedia abandonarse sin reserva á la contemplacion del valiente y jóven guerrero, antes que la bendicion del cielo hubiese santificado su puro y encendido amor, se echaba de ver en sus tímidas miradas no ser menor en su corazon la llama que le consumia. El baron desnivelando un poco en honor de la solemnidad su pausado y simétrico carácter, se esforzaba en manifestar su contento, repartiendo dinero, vestidos, y

regalos á los sencillos aldeanos y aldeanas, que de los castillos y lugares comarcanos concurrian á ver los novios y asistir á la boda.

Eran las nueve de la mañana cuando toda la familia y demas gente se hallaba reunida en la capilla del castillo. Margarita conducida por Gertrudis se adelantaba hácia el altar, donde ya le esperaba Adolfo apadrinado por el baron. Al atravesar la jóven y linda doncella por la apiñada multitud que se agolpaba á verla, resonaron las bóvedas de la gótica capilla en mil bendiciones á los nuevos esposos. En especial las aldeanas no cesaban de alabarla

con toda la efusion de sus sencillos corazones; y pudo conocer que entre aquel concurso numeroso no existia uno siquiera, á quien su próxima felicidad no interesase de un modo particular...

¿Uno siquiera?... ¡Ah!.... El sacerdote comenzó la misa, y concluida se acercó á los esposos para recibir su juramento, y ratificar de parte del cielo la union de aquellos corazones destinados sin duda el uno para el otro.

— »Adolfo, pregunta el ministro, ¿quereis recibir á Margarita por esposa?"

— »De todo mi corazon:" respondió Adolfo con el fuego ins-

pirado por la pasion.

— »Margarita, repite el sacerdote, ¿quereis por esposo á Adolfo?....''

¡Cielos! ¿qué conmocion estraña en la capilla impide á la doncella proferir la respuesta que le dictaba su corazon?.... La inmensa multitud que asiste al solemne acto, silenciosa entonces, se agita de repente; un murmullo progresivamente aumentado resuena en todos los ángulos, y las voces de *paso*, *paso* se dejan oir en la puerta. Vuelven todos los ojos para informarse de la estraña novedad.... Un guerrero desconocido se presenta en la capilla: ade-

lántase con lentitud hasta el pie del ara, y encarándose á Adolfo:

— »Nazareno, le dice, toma y lee; y es fuerza que en este momento oiga yo tu respuesta."

Estas palabras pronuncia alargando un papel á Adolfo, quien pasando rápidamente los ojos por él, queda pálido como la cera: sus ojos estraviados anuncian el acceso de furor, sus labios trémulos murmuran algunas palabras ininteligibles, y finalmente vuelto al desconocido:

— »Infiel, le dice irritado, ¿qué temeridad te ha sugerido profanar con indigna planta el templo del Señor? ¿quién, quién

autoriza la verdad de tus palabras?"

— »Escúchame, cristiano, contestó el guerrero con tranquilidad, y desnudando una de sus nerviosas manos de la acerada manopla: ¿Ves? dijo: la sangre real de los Abásydas circula en estas venas: su voz es mas penetrante que la del chakal, cuando camina de noche, y mas aguda que el silbo del viento cuando choca contra las pirámides. ¿Me obligarás á revelar las infidelidades y necia conducta de un descreido con las palabras que la justicia puso en la lengua de un verdadero creyente?"

— »Retiraos, respondió Adol-

fo con voz desfallecida, os concedo lo que pedís."

— »No basta, nazareno; es fuerza que á la faz del mundo renuncies á los brazos de esa bella huri que está delante."

— »Digo que no puedo ser esposo de Margarita, y renuncio á ella para siempre; ¿qué mas quereis?"

— »El Profeta te cargue de su maldicion, y llenes en el infierno el vientre del fruto del árbol zachum, que es como cabezas de diablos, si te burlas del juramento; y el dia 4.º del mes Regiab amanecerá sobre ti para tu destruccion."

Dichas estas palabras vuelve la espalda, y desaparece sin que nadie hiciera ademan de seguirle ó impedirle el paso. Esta escena fue representada con tal rapidez, que no dió tiempo á los circunstantes de volver en sí del primer asombro. Margarita oyendo la cruel renuncia de Adolfo, cayó desmayada en brazos de Gertrudis. El baron no se inmutó, y preguntó á Adolfo con frialdad:

— »¿Me parece que esto es hecho?''

— »No debe la farsa de un infame descreido, contestó Adolfo aparentando serenidad, interrumpir un momento mas la ceremo-

nia. Creo convendreis conmigo."

— »Margarita no es ya para vos; habeis renunciado á ella."

— »He tenido mis motivos para responder á ese infiel, ocultándole mis intenciones."

— »Gertrudis, sacad á fuera esa muchacha:" dijo el baron friamente sin responder á Adolfo. Asi lo ejecutó, y todos en el colmo del espanto y confusion se retiraron silenciosos.

Margarita permaneció tres horas en un estado de postracion y desmayo que hizo temer no volviese. A fuerza de remedio recobró el uso de los sentidos; mas sucedióle una calentura ardentísi-

ma que la puso en el borde del sepulcro. Adolfo no pudo vencer al baron, quien le quitó hasta las mas remotas esperanzas de unirse á Margarita. Todas sus razones fueron inútiles : partió finalmente de Steenhausen, jurando vengarse del baron ó precisarle á cumplir su palabra, sin advertir haber sido él el primero en quebrantarla. ¡Estraños efectos de la inconsecuencia y pasiones del hombre!

CAPITULO VII.

RAPTO.

Cuando el mal comenzó á dar treguas, Gertrudis se atrevió á decir algunas palabras de consuelo á la desgraciada Margarita, á quien desde el terrible dia de su sacrificio nada habia hablado, temiendo exacerbar con importunos consuelos la herida reciente, y supliendo con elocuente silencio y con mudas pero delicadas atenciones cuanto pudieran decir las expresiones mas estudiadas. Pero su alumna dió pocas esperanzas de que

hiciese mella en su despedazado pecho el bálsamo de la amistad y del cariño. Era demasiado fuerte el golpe para ceder á los medicamentos, y solo del tiempo se debia esperar el remedio. Entretanto su estado era el de una insensibilidad pasiva, que ni reusaba los remedios, ni tampoco los apetecia; y pudiérase decir que muerto en ella el amor que la animaba, habian tambien muerto los demas afectos y pasiones.

El velo del misterio cubria el terrible suceso de la capilla: nadie podia figurarse quién pudiera ser el misterioso guerrero, que no dudó interrumpir la solemni-

dad de un modo tan enérgico y positivo. Sus palabras anunciaban ser musulman, y el acento de su pronunciacion estrangero; mas bien veian todos estar la razon de su parte, pues á no ser asi, no era Adolfo de condicion que sufriese un insulto de tal naturaleza sin vengarlo al momento, ó cuando menos presentar las pruebas de la falsedad en la carta entregada por el desconocido, y cuyos efectos fueron tan visibles. La ausencia de Adolfo quitaba la esperanza de aclarar estos enigmas, pues se ignoraba absolutamente su paradero, aunque la despedida precipitada y respirando venganza ha-

cia temer á los habitantes de Steenhausen, oir hablar de él algun dia para daño y desgracia de su señor ó de Margarita. El baron á instancia de Gertrudis y de los demas criados dió parte de lo acaecido al padre de Adolfo, á fin de que no le preocupasen con algunos falsos y siniestros informes, y para hacerle ver que no habia consistido en él la disolucion del contrato, citando al efecto varios ejemplos de lances acaecidos en la Cruzada anterior. ¡Nueva sorpresa! El mensagero espedido al castillo de Adolfo volvió con la noticia de haber desaparecido hacia algunos dias el padre y el escudero

Everardo, ignorándose absolutamente su paradero. ¡Qué complicacion de sucesos cuyo fin era imposible preveer, y qué manantial de reflexiones tristes y dolorosas á la desventurada Margarita! Dejémosla por un momento y volvamos la atencion á las ruinas de Munsterhall.

Avisó un aldeano al baron de Steenhausen algunos dias despues del ruidoso acaecimiento referido, que el guerrero misterioso aparecido en la capilla se habia retirado hácia el monasterio, y ocultádose entre sus escombros. No hizo el baron aprecio alguno de la noticia; pero Gertrudis esperando

sacar algunas luces tocante al terrible suceso, le instó con tanta eficacia á no diferir una visita á las ruinas, que el baron casi se redujo á consentir.

— »No obstante temo, dijo, incomodar al santo solitario establecido en ellas."

— »Ya cuidará él de que no le molesten:" respondió Gertrudis.

— »Sentiria que el futuro predicador de mi cruzada tuviese algun motivo de disgusto por mi causa."

— »Mas ¿cómo á un hombre invisible se le puede incomodar?"

— »Trastornándole los muebles de la habitacion sin lo cual no hay registro, é interrumpién-

dole en sus santos ejercicios."

— »No se trata de buscar á él, sino al desconocido que dicen se retiró allá."

— »Puede muy bien haber partido."

— »Y puede tambien estar en el mismo lugar."

— »Pues asi lo quereis, enhorabuena, quedaréis satisfecha; mas será inútil, y yo haré cuenta que ha sido un paseo militar."

Convocó el baron á todos sus criados y algunos aldeanos de la comarca, y con ellos partió á reconocer las ruinas de Munsterhall. Entre los segundos habia uno de mediana edad y de genio melan-

cólico, quien decian era confidente del invisible, por haberle visto con alguna frecuencia en las inmediaciones del monasterio, y aun suponian era el dispensador de los beneficios de aquel hombre misterioso, pues siempre que en las casas de los infelices habia alguna necesidad mas urgente, sin saber cómo ó por dónde se veia remediada ya con dinero, ya con vestidos y otros socorros de esta naturaleza; y en aquella coyuntura siempre veian á Butter, que asi se llamaba el aldeano, por las inmediaciones de la casa socorrida, y sospechaban no sin gran fundamento ser él el oculto dispensador

de los benéficos auxilios, cuya mano ignoraban. Creyendo pues que nadie mejor que él podia dirigirlos, le instaron los aldeanos á que marchase delante, y les ayudase á reconocer las ruinas por si en algun rincon de ellas hallaban al misterioso guerrero; prometiéndole que el baron recompensaria su trabajo generosamente. No tuvo dificultad en conducirlos y servirles de guía, y asi se lo digeron al baron, quien alegre en estremo de tener quien estuviese práctico en los senos y laberintos del arruinado monasterio, ordenó le tragesen á su presencia.

— »Me parece, dijo cuando le

vió, podrémos fiarnos de ti: la voz comun te designa como confidente del invisible, mas yo paso á suponer que en vista de tu conocimiento en la distribucion interior del monasterio, podrias ser alguno de los monges sus antiguos habitadores."

Sonrióse el aldeano á estas palabras y respondió:

— »Bien podrá ser, mas solo habia que superar un pequeño inconveniente, y es haber yo nacido un siglo atrás, pues tal es la fecha que cuenta ese monasterio desde su destruccion."

No reparó el baron en la ironía, antes como si le hubiera ocur-

rido una idea feliz, prosiguió mirándole fijamente, pero con el aire de frialdad que le era característico:

— »Me ocurre si podias ser tú el mismo invisible: si asi fuese, mi fortuna era grande: sepas que te destino para predicador de mi Cruzada. Si el éxito de la pasada ha sido feliz, el de esta debe ser felicísimo: mirad, continuó, omitiendo desde aquel punto la frase de familiaridad; estoy seguro de interesar en la espedicion al Santo Padre, á los Reyes de Sicilia y Nápoles, y veréis unirse á nuestra escuadra la del Rey de Noruega, de los caballeros de San Juan

y del Temple, en una palabra toda Europa en peso. Se hace ahora indispensable comunicaros brevemente el plan de la espedicion. En lugar de ir á llevar la guerra á Egipto, como han practicado en la anterior, mi intencion es que en derechura vayamos á acometer al Califa de Bagdad. Teniendo por nuestras esta plaza junto con Mosul y Basora...."

— »Sabed, interrumpió el aldeano, que hablais bajo un supuesto falso, creyendo ser yo el sugeto que imaginais, es decir el hombre invisible."

— »Luego yo me habia engañado...."

— »Nada mas fácil que hacéroslo ver. Si yo fuera invisible, seguramente no me veriais."

El baron re rindió á tan oportuna y prudente observacion; y diólo á entender mas en la órden intimada á todos de marchar á las ruinas, que en algun gesto ó señal muda, rarísimos en aquel hombre singular cuyo semblante jamás se descomponia. Dejando pues para mejor ocasion la propuesta y realizacion de su plan, emprendió con sus criados y aldeanos el camino de Munsterhall. Inútil es repetir aqui la descripcion de aquel antiguo edificio, pues tiene de él ya noticia el lec-

tor; mas igualmente inútil fue la espedicion á los esploradores, quienes llevando á su frente al aldeano Butter pararon en frente de la choza del invisible, abierta y abandonada segun costumbre. Todos se dividieron á registrar las ruinas, excepto el baron y un criado suyo que entraron en la cabaña para reconocer la morada del ser misterioso, célebre desde mucho tiempo en aquella comarca. Mas á la sorpresa causada por la limpieza y curiosa sencillez de los muebles del invisible, sucedió el pasmo en el criado y la admiracion en el baron, al ver escritas en un papel que habia sobre la me-

sa las siguientes palabras:

»Baron de Steenhausen, es in»útil vuestra fatiga: el guerrero »desconocido está ya fuera del al»cance de vuestras indagaciones. »Oid: el cielo aun no os tiene »desamparado. Margarita cesará »de padecer, y el 24 de Agosto »será el principio de su ventura. »Retiraos."

El baron salió de la choza, y ordenó á su criado llamase la gente dispersa por las ruinas; órden que se ejecutó sin dilacion con grande admiracion de los que ignoraban la causa de la inopinada vuelta. Fue no obstante forzoso obedecer: el baron llamó á Butter,

y le dió las gracias añadiéndole no ser ya necesarios sus servicios; despidió á los demas satisfaciéndoles su trabajo, y con su servidumbre regresó á Steenhausen.

Aguardábale Gertrudis con impaciencia, ansiando saber nuevas de lo que tanto le interesaba; mas solo pudo acompañar al baron en su sorpresa, visto el contenido del billete del invisible, y aguardar á que el tiempo fuera desenvolviendo los sucesos y revelando los arcanos. Quiso no obstante comunicar á Margarita las esperanzas infundadas por el oráculo de Munsterhall; mas veia la desgraciada doncella demasiado confirmada su



desventura para esperar un alivio en lo sucesivo. Y en efecto, ¿qué consuelo podia esperar que no fuese acibarado con la memoria del lance cruel de la capilla? Y aun cuando el arrepentimiento condujese á Adolfo á sus pies, y se descubriese algun camino para hacerle aparecer inocente de las vehementes presunciones que deponian contra él, ¿cómo acordarse sin estremecimiento de las espresiones crueles que habian al parecer puesto un eterno muro de division entre los dos? Y ¿cómo oiria las caricias del amor salir de la misma boca que pronunciára la sentencia de una irrevocable se-

paracion? No concebia cómo poder conciliar los sentimientos de su propio corazon con las predicciones del invisible, siendo aquellos independientes segun creia, de los sucesos futuros; y solo capaces de cesar, cesando la causa que los produjo, lo cual era imposible.

Entretanto los acaecimientos que sobrevinieron no eran ciertamente al propósito para hacer formar idea la mas ventajosa del don profético del invisible de Munsterhall. Hallábase Margarita una noche recostada en el lecho, sin que el dulce sueño viniese á cerrar sus cansados ojos, é interrum-

pir por algunas horas el curso á sus padecimientos. Una luz ardia sobre la mesa, y á su resplandor contemplaba la afligida doncella los retratos de sus antepasados que adornaban la sala, y un movimiento de respeto hácia aquellos graves varones que ya no existian la tenia como embelesada, suspendiendo sus facultades en un género de éxtasis, que no carecia de su placer. Mas un nuevo objeto la sorprende y llena de terror. Uno de los lienzos comienza á moverse: desprendese el clavo que le sostenia; cae, y se deja ver una ventana oculta tras él: un hombre se presenta.... ¡Cielos! es Adol-

fo; de un salto se coloca en medio de la pieza, y Margarita ve postrado á los pies de su lecho al bárbaro que renunció para siempre á su amor.

¿Quién será capaz de trazar el cuadro de esta inesperada entrevista con los colores dignos? ¿Quién representar al vivo la escena terrible, en que luchaban á la par los sentimientos mas opuestos y las pasiones mas violentas? Margarita reconoce á Adolfo; incorpórase sobre el lecho en el cual se recostára vestida. Revístese su semblante de una estraordinaria severidad, en la cual se traslucia algun rasgo de dolor, aunque aho-

gado por el orgullo y celos:

— »¿Quién sois?" le pregunta.

—»Y ¿sois capaz de desconocerme?"

—»Retiraos, pues no creo tener relacion alguna con la persona que tiene la osadía y temeridad de asaltar como ladron mi casa y habitacion."

—»¡Margarita! ¡adorada Margarita! escuchadme solo un momento; permitidme justificar mi conducta."

—»Son ya inútiles vuestras protestas; lo solemne de vuestra renuncia destruye cuanto podais alegar en vuestra defensa."

— »¿Con que me condenais sin oirme?"

— »Vuestra boca misma pronunció la sentencia."

— »¡Ah! atribuidlo mas á desgracia mia que á delito; sabed..."

— »Cruzado, sobrada ha sido mi condescendencia en otros un momento; retiraos, y no dudeis tendré que acriminarme toda la vida estos instantes que os he escuchado."

— »Margarita, no es posible que yo renuncie á mi felicidad; mi labio pudo ofenderos; mas mi corazon en aquel instante mismo gritaba mas alto jurándoos un amor eterno."

— » Fue desgracia, replicó Margarita con amarga y melancólica ironía, no llegase á mis oidos el juramento."

— »En fin, ¿no me queda ya esperanza de ablandar vuestro rigor?"

— »Decid mas bien de burlar mi candor, y hacerme ludíbrio de vuestras negras traiciones."

— »¿Será pues forzoso, replicó Adolfo dejando el aire de sumision y arrepentimiento con que comenzó, y tomando el de altanería y resolucion, será forzoso que solo consulte á mi desesperacion para obligaros á seguirme?"

—»¿Qué lenguaje es ese? ¡Dios

mio!" — »Resolveos á hacerlo de grado, ó me veré precisado á recurrir á la violencia."

— »¡Adolfo! esclamó Margarita con el acento del terror.... mas no.... no eres Adolfo.... eres un criminal, á quien solo faltaba este para llenar la medida de sus crímenes.... Bárbaro, ¿osarás atropellar á la que protestas en este instante adorar eternamente?"

— »Sí; y el amor justifica á mis ojos, y con el tiempo tambien á los vuestros esta fuerte medida....."

— »¡Infame! no te burlarás impunemente de la debilidad de una muger: mi padre...."

— »Vuestro padre está muy distante para socorreros; Gertrudis está ya en nuestro poder; no os queda otro medio que ceder á la pasion de un amante, á quien jurasteis....”

— »Miro ya con execracion mi juramento.... le anulo.... y sabe que me inspiras no solo odio..... no solo horror..... ya no puedes inspirarme sino el mas profundo desprecio.”

Dió Adolfo un golpe en el suelo, y en aquel instante aparecen cuatro hombres, que apoderándose de Margarita á pesar de sus gritos y resistencia, la estraen á viva fuerza por la puerta que

abrieron por dentro, y obligándola á bajar por una escalerilla escusada que daba al jardin, salen por la puerta falsa de éste, montan en caballos prevenidos, llevando Adolfo á la desgraciada doncella fuertemente abrazada para impedirle la fuga, y se alejan á galope del castillo de Steenhausen.

CAPITULO VIII.

EL HOMBRE INVISIBLE.

Los raptores tomaron el camino de Munsterhall, y á poco rato á la débil luz de los astros descubrieron el campanario gótico del Monasterio. La infeliz Margarita agobiada con el peso de su infortunio apenas tenia fuerza para desahogar su oprimido corazon con ardientes suspiros y frecuentes sollozos, los cuales lejos de enternecer al bárbaro raptor, le estimulaban á redoblar el paso, temiendo que sus gritos llamasen la

atencion de los pasageros ó de las gentes de los lugares por donde transitaban, y pensando llegar antes de amanecer al destino y término de su viage. La vista del arruinado monasterio reprodujo en la mente de la afligida doncella las fúnebres ideas del lance terrible de la capilla; acordóse del hombre invisible, y de la beneficencia y generosidad que segun voz comun formaba su carácter: trajo á la memoria los infelices socorridos por él por vias imprevistas y ocultamente, y estos pensamientos le inspiraron el designio de gritar, por si estaba en aquellas inmediaciones, y acudia á librarla de las

manos de su cruel enemigo:

— »¡Generoso invisible! esclamó repentinamente, venid á socorrerme...."

Tanto Adolfo como sus compañeros guardaban el silencio mas profundo durante el viage, sin cuidarse al parecer del llanto y afliccion de Margarita; mas al oir esta esclamacion dijo uno de ellos:

— »Aun no puede socorrerla, pues falta una hora hasta el principio del 24 de Agosto...."

— »Calla, contestó Adolfo con voz ágria, y sabe que tu cabeza me responderá de las consecuencias de tu indiscrecion."

El desconocido enmudeció al

oir la amenaza de Adolfo, y signió la marcha con sus compañeros.

Las pisadas de los caballos sonaban con estrépito y repetian el eco las vecinas paredes del monasterio; mas el ángel invisible de la comarca parece se hacia sordo á las lágrimas é invocacion de la robada doncella. A algunos pasos del monasterio el camino se internaba en el bosque, que tenia una legua de travesía. Iban ya los raptores á hundirse en la espesura, y un objeto espantoso les obliga de un golpe á tirar las riendas, y hacer alto. Un bulto colosal aparece en medio del camino, y con voz imponente y hueca deja oir las si-

guientes palabras: — »Detente, necio, y no provoques la ira del cielo pronta ya á descargar sobre ti."

Adolfo no dió respuesta alguna, y pasaba adelante sin contestarle, cuando un movimiento del misterioso ser que acababa de hablar, espantó su caballo, que encabritándose y no obedeciendo al freno ni espuela se obstinaba en no dar un paso. Visto lo inútil de sus esfuerzos, mandó á sus criados se franqueasen el paso con las lanzas; mas una nueva voz del espectro los contuvo é impidió obedecer á Adolfo.

— »¡Miserables! ¿ignorais que

puedo reduciros á polvo en este instante? Adolfo, colma la medida de tus delitos..... ¿oyes el relox de Steenhausen, que anuncia falta solo media hora para hundirse en el caos de los tiempos el 25 de Agosto? Esta media hora es la que te queda; pasará ella, y la justicia recobrará sus derechos.... Tiembla..... el invisible te habla por última vez...."

Pronunciadas estas terribles palabras, el espectro desapareció entre las sombras del bosque, y un ligero ruido acompañó su desaparicion.

Los raptores trémulos y casi aniquilados por el terror apenas

tuvieron accion á preguntar á Adolfo si continuaban su viage; mas éste ardiendo en ira:

— »Cobardes, les dijo, ¿luego me engañaba yo creyendo que solo á mugeres era capaz de causar miedo ese impostor? Andad, y avergonzaos de vuestra vileza, ó temed los efectos de mi ira."

Habló asi adelantándose á todos con facilidad, pues quitado el impedimento, la cabalgadura cruzó sin obstáculo la entrada del bosque. Habrian segun su cálculo caminado una hora y creian estar ya en el estremo opuesto de la selva; mas con sorpresa vieron que ésta continuaba, y finalmente se per-

suadieron haberse estraviado. La aprension de las fatídicas palabras del invisible habia preocupado en términos su imaginación, que se tuvieron por perdidos, cuando suponiéndose ya muy distantes de Steenhausen, oyeron dar las doce muy cerca de sí en el relox del castillo. Los pausados y lúgubres sonidos del bronce los aterraron como si escucharan la campana de la muerte; solo Adolfo se mantenia sereno al parecer, y veia con indiferencia sucederse los terribles acaecimientos de aquella noche. Contribuyó á dar por tierra con el valor de los raptores otra novedad estraña, y fue oir á poca

distancia pisadas de caballos que les seguian. Al principio creyeron ser eco de las pisadas de los suyos, y el notar que cesaba absolutamente el estruendo siempre que se detenian para escuchar, ayudaba á afirmarlos en su sospecha y temores; mas finalmente se convencieron de lo fundado de sus recelos, conociendo que el que los seguia, observaba el modo de caminar de ellos, para no ser sentido, y se contentaba con mantenerse á cierta distancia. Bien quisiera Adolfo retroceder en busca de su perseguidor; mas lo estorbaba la lobreguez de la noche y la espesura del bosque, cuyas sendas

no conocia; y harto tendria que caminar para lograr desenmarañarse del intrincado laberinto donde se hallaba metido. Mas ni aun esto pudo lograr; cuanto mas giros y vueltas daba á la ventura por las sendas que se presentaban, tanto mas reconocia su error y la imposibilidad de salir del bosque. La campana del relox de Steenhausen marcaba las horas con triste sonido; y vió Adolfo con desesperacion la llegada de la aurora sin haber logrado hallar el término de aquellas sendas, que sin cesar se cruzaban en todas direcciones. Entonces fue cuando sus compañeros se dieron por perdi-

dos sin recurso, y separándose de él algun trecho, mientras atendia á decir algunas palabras de consuelo á Margarita que se desmayaba por puntos, consultaron entre sí lo que debian hacer, y resolvieron abandonar sin detenerse á Adolfo, para evitar el terrible cargo á que se esponian, si el dia los hallaba con el hurto en las manos, y el castigo de los raptores. Creyeron ser fácil con el dia encontrar la salida de la selva, y solo trataron entonces de abandonar á su fortuna al criminal Adolfo, como lo hicieron; quedando éste atónito, cuando al volver la cabeza se vió solo con Margarita en

frente de las ruinas de Munsterhall, que el crepúsculo de la mañana le hizo reconocer distintamente.

Mas ¿quién podrá concebir el estado de desolacion y dolor de la desventurada Margarita, y las reflexiones crueles que despedazaban su sensible corazon? Arrebatada de los brazos de su padre y de la cariñosa Gertrudis, conducida atropelladamente al través de de una sombría selva, asaltada en su propia casa... y ¿por quién?... por el que se decia su amante, por el que le jurára un amor eterno... por el que protestaba derramar por ella la última gota de su san-

gre. ¡Cuánto se ha mudado! ¡Cielos! Aquel Adolfo tan tierno y sumiso, aquel Adolfo tan rendido y enamorado convertido ahora en capitan de salteadores; tratarla con los mas indignos ultrages, herirla en lo mas vivo.... despedazar su corazon.... ¡Qué mudanza! A las nobles y sinceras espresiones de la generosidad y valor han sucedido las del orgullo y ferocidad.... Margarita se estremece al escuchar las blasfemias y juramentos del pérfido Adolfo, cuando se ve abandonado de sus compañeros.... El pecho de la doncella late violentamente, y tal cúmulo de penas y desgracias la abate hasta

el desaliento mas completo. ¡Infeliz Margarita! ¿quién te socorrerá? ¿quién se compadecerá de tus lágrimas y afliccion?

El resplandor de la aurora dejaba ya distinguir los objetos, cuando el raptor obstinado cada vez mas en su maldad tomó de nuevo el camino para salir del bosque. Oyénse á poca distancia pisadas de caballos... Adolfo cree ser sus compañeros, y se dispone furioso á castigar su fuga,...., Mas ¡oh sorpresa! Dos caballeros armados de punta en blanco salen de lo interior del bosque.... la cruz roja brilla en su pecho..... Margarita fija la vista en ellos....

— »Salvadme, esclama, salvad á la infeliz Margarita."

— »¡Margarita!" Grita uno de los dos desconocidos, y levanta la visera..... La hija del baron fija en su rostro los ojos llenos de lágrimas... ¿Es ilusion?... Everardo, el escudero del mismo Adolfo es quien se opone á su furia....

— »Everardo, repite Margarita, libradme, libradme de las manos de vuestro indigno señor...."

— »¡De mi señor!.... esclama Everardo sorprendido, y volviéndose al otro cruzado..... ¡De mi señor!....¿Delirais, señora?"

— »Libradme, repetia Marga-

rita con voz afanosa, libradme; y procuraba al decir esto desasirse de Adolfo, quien trémulo de rabia y corage la apretaba contra sí con su nervioso brazo, y blandiendo con la diestra la lanza, queria disputar la presa á los agresores, diciéndoles al mismo tiempo:

—»Temblad, indignos, si osais interrumpir un momento mi marcha...."

Everardo y el desconocido se mantuvieron un momento como indecisos; mas las voces de Margarita obligaron al segundo cruzado á romper el silencio.

—»¿Será posible que cuando menos imaginé, halle á mi hijo...

y que este hijo haya degenerado de los sentimientos y noble sangre que circula en sus venas?"

Nuevo pasmo para Margarita. ¿Luego el incógnito no era otro que el padre de su bárbaro raptor? ¿qué podrá esperar ya viéndose á merced de tres enemigos? Las espresiones del padre no la tranquilizaron, y se persuadió que la sangre obraria en él mas poderosamente que la justicia.... Mas no.... Adolfo no tiene lugar de responder á la áspera y severa reconvencion del irritado padre. Los tres por un movimiento unánime vuelven la cabeza al ruido que oyeron de un caballo que á escape

venia en direccion á ellos... ¡Gran Dios, qué reunion de prodigios!... Margarita ve, y no acierta á dar crédito á sus ojos.... Ven todos un guerrero montado en un brioso alazan, y empuñando una larga espada.... Plumas blancas y verdes ondean en la cimera del luciente casco: la cruz roja da á conocer su profesion.... Parece que se rasga una nube ante los ojos de la afligida doncella; mil ideas confusas se agolpan á su imaginacion: semejante al que dispertando de un pesado sueño, no puede sacudir de sí la aprension de las recientes quimeras de su fantasía, se esfuerza en persuadirse que no

sueña, y no le es posible. El guerrero al llegar en frente de Adolfo, para: mete en la vaina la espada con aire imponente y generoso; encárase á él....

— »Pérfido raptor, esclama con voz de trueno.... mira el cielo, si tus maldades te dejan osadía para ello.... la aurora del 24 de Agosto ha dorado ya las cumbres de las montañas, y va á alumbrar tu confusion.... ¿Me conoces?"

El guerrero alza la visera..... Adolfo le mira.... mas no.... un rayo que le redujese á cenizas no produjera en él tan rápido y violento efecto como la vista del incógnito.... suelta la lanza, y deja

á Margarita, que sin duda cayera al suelo, si Everardo no se arrojara á recibirla en sus brazos. El guerrero permaneció indiferente á esta escena....

— »Reconoce, prosigue dirigido á Adolfo, reconoce en mí al vengador de tus crímenes..... *Yo soy Adolfo.... yo soy el Hombre invisible.* Alberto, traidor Alberto, responde á los terribles cargos que vengo á hacerte...."

El lector podrá juzgar por sí mismo de la sorpresa, pasmo, confusion, terror, de todos los efectos producidos en todos los cuatro con tan prodigioso suceso.... ¿Seria posible? ¿Luego Adolfo, el vil

raptor de Margarita no era sino Alberto, el pérfido amigo que á sombra de la amistad, y con la mas infame superchería quiso engañar á la inocente doncella, y arrebatarle el cariño debido solo á su amante?... ¿Y el verdadero Adolfo, el generoso hombre invisible, consuelo de los desgraciados y alivio de los afligidos, sabedor de las infidelidades é infamias de Alberto permanecer en silencio por tanto tiempo sin descubrirse?... ¡Qué misterios!.... Mas ya se acerca el desenlace.... el crímen va á quedar descubierto y confundido, y la constancia é inocencia tras los dias de opresion y llanto verá bri-

llar la luz de la felicidad.

Querer pintar el cuadro que ofrecian los personages reunidos en las entrañas del bosque de Munsterhall, seria degradar su energía; pues hay ciertas pasiones á cuya descripcion no alcanza la pluma, y mas bien concibe la mente que espresa el papel. En el rostro de Alberto se veia retratada la confusion y despecho; los ojos bajos, y la cabeza inclinada sobre el pecho indicaban el arrepentimiento del malvado que siente solo la ignominia del delito y no el delito mismo. En Everardo se descubria el pasmo del reconocimiento de su señor, y el afan por Mar-

garita que permanecia desmayada en sus brazos, desde que las palabras de Adolfo le dieron á conocer ser él su verdadero y tierno amante. Solo el padre ocultaba bajo la visera caida los sentimientos que sin duda le agitaban; mas en el movimiento é inquietud de su cuerpo se echaba de ver su situacion. Esta escena muda se prolongaba sin que nadie osase ó pudiese interrumpir el silencio; mas aun no estaban patentes las maldades de Alberto. Otros dos personages se presentan á aumentar la ignominia del raptor y la admiracion de los circunstantes. Alberto reconoce en el primero al musul-

man que interrumpió la ceremonia y solemnidad nupcial en la capilla.... En el segundo... ¡cielos!... un jóven hermoso como el amor se arroja del caballo en que venia; se echa á los pies de Alberto.....

— »Por fin, esclama con acento delicado y sentido, el Dios de los cristianos ha escuchado mis ardientes ruegos y te me devuelve para siempre, ó luz de mis ojos, adorado cristiano; que aunque me has sido infiel como el avestruz que desampara sus huevos, eres hermoso como la mañana, gallardo como la palma del desierto, y valiente como el leon.... Mírame, mira á tu esclava, hermoso naza-

reno.... mira á tu Hoskendam, á tu María.... tú me decias: te amo como el viagero sediento la fuente en el desierto; mas no puedes ser mia: un muro de division está puesto entre nosotros..... ¿cómo en la morada de nuestros tiernos amores levantarémos al cielo las manos, no siendo dirigidas á un mismo Dios?.... Tú me hablaste, y tú Dios fue el mio; yo recibí sobre mi frente la señal de vuestro Cristo, que ya lo es mio; el agua de la salud corrió sobre mi cabeza.... y tú me diste la mano de esposo.... tú me llamaste tu hermosa María, y yo renuncié al nombre de mis padres por el que me

impuso el esposo de mi corazon. Decíanme mis compañeras; infeliz Hoskendam, tú eres ligera como el antílope en entregarte á un pérfido desercido: los nazarenos persiguen á Saladino y toda su raza: tú llevas en tus venas la sangre de aquel héroe... no te perdonarán... Mas yo les respondia: mi esposo es fiel, y no me aborrecerá: yo le seguiré á su pais, oiré el dulce acento de su lengua querida; veré á sus hermanos, y adoraré á sus hermanas; y María será feliz lejos de su patria.... Vesme aqui, Alberto: yo te perdono; mas no, nada tengo que perdonarte; recíbeme por esclava, si aspiro demasiado

aspirando á ser esposa; no me prives de tu vista, y bendeciré el dia de mi nacimiento, y la pérdida de mi patria...."

Asi habló la bella María, á quien reconocieron los cruzados por una de las mas célebres y delicadas beldades de Oriente, á quien Safedin custodiaba en su palacio, destinándola un dia á ser su esposa. Era hija de Saladino.

¡Qué peso de crímenes sobre el pérfido Alberto! Seductor, adúltero, traidor á la amistad y á su Dios, raptor infame de la esposa de su amigo! ¡Qué horroroso cuadro aparecia tras el velo que se acababa de rasgar! La bella Ma-

ría permanecia abrazando su rodilla procurando ablandarle; sus vivos y penetrantes ojos le flechaban las encendidas miradas del amor mas violento; mas Alberto parece insensible: la confusion, ó tal vez el arrepentimiento le anudan la lengua. El espectáculo de la afligida estrangera conmovió á los presentes en especial á la sensible Margarita, quien olvidando sus propias penas, se desprendió de Everardo para acercarse á consolarla. Mas en aquel momento como saliendo de su estupor, rechaza Alberto con violencia á Maria, da un espolazo al caballo, y antes que pudiesen volver en sí de

la sorpresa, se roba á la vista de todos.

— »Hija de Saladino, dijo el guerrero que la acompañaba con la calma propia de su carácter; será forzoso volvamos á Egipto á proclamar entre los adoradores del Profeta tu necedad, y la fe de los nazarenos."

— »No será asi, esclamaron á un tiempo Adolfo y su padre..... La hermosa María se reunirá con su esposo, continuó el hombre invisible, y éste reconocerá sus yerros. Su corazon no es perverso; una pasion bastarda le ha arrebatado, es verdad, á los excesos mas criminales; mas sin el obstáculo

que durante un año ha impedido descubrirme y vivir desconocido al mundo, Alberto no se hubiera abandonado al estremo de furor y olvido de todas las obligaciones del honor y virtud. Padre mio, continuó vuelto á su padre, aqui teneis á vuestro hijo no indigno de este título: Margarita, aqui ves el verdadero y fiel esposo que tu padre y tu voluntad han elegido: Everardo, reconoce á tu señor; el cielo ha permitido que finalmente llegase el momento de poder manifestarme, y aclarar los misterios que me reducian á ocultar mi nombre y mi existencia. Hija de Saladino, fiel Salah,

compañero de los trabajos y peregrinaciones de María, no os considereis destituidos de auxilio; el cielo vela sobre vosotros, y la felicidad vivirá con vosotros."

Asi habló Adolfo, y su padre apeándose del caballo corrió á abrazarle, haciendo lo mismo Everardo; mas les previno Adolfo, saltando ligero de su alazan, y corriendo á su encuentro con los brazos abiertos, mientras las dos bellas jóvenes contemplaban con los ojos llenos de lágrimas los transportes del amor filial y paternal, y esperaban el desahogo mútuo de tan dulces y justos sentimientos, para tomar parte en la alegría y

regocijo tan estraordinario como inesperado. Cumplidos con el padre los deberes de la naturaleza, reservaba Adolfo otros igualmente dulces al amor. ¿Quién describirá los raptos de alegría y ternura que embriagaron los corazones de entrambos amantes, viéndose finalmente libres de la zozobra, y con la confianza de la próxima felicidad?

— »¿No os decia yo, adorada Margarita, que el dia 24 de Agosto seria el término de nuestras desgracias?"

— »¿Y tuvisteis la crueldad de envidiar á mi padre.... y.... tambien á mí la satisfaccion de saber

viviais tan cercano á nosotros?"

— »No me condeneis antes de oir mi justificacion; la relacion de mi historia os hará ver como tambien á mi amado padre y al fiel Everardo el motivo que se oponia á manifestarme. Mas ahora solo debe ocupar nuestra atencion el alivio de esta jóven é ilustre señora, y el sacar de cuidados al baron de Steenhausen. Padre mio, si os parece, seria del caso no dilatar al padre de Margarita la feliz noticia del recobro de su hija, y de la aparicion del Hombre invisible."

Aprobó el padre de Adolfo la propuesta, y de comun acuerdo tomaron la vuelta del castillo de

Steenhausen, llevando Adolfo á la grupa á su Margarita en situacion muy diferente de la que poco antes habia caminado. Durante toda esta escena el anciano Salah se habia mantenido sin desmontar y en silencio, y al oir la resolucion tomada, se inclinó á tener de la brida el caballo de María, la cual con estremada gracia y agilidad saltó en él, y le manejó con tal destreza que arrebató la atencion y elogios de los que la miraban.

No es para esplicar con palabras el gozo y alegría del baron y de Gertrudis viendo á Margarita: solo puede compararse con la desolacion y luto en que los sumer-

gió su partida. A Gertrudis habian sorprendido los raptores durmiendo; echáronle un pañuelo en la boca, y la dejaron atada en este estado al pie de la cama, para impedirle gritar y oponerse á su atentado. El baron dormia muy distante para temer los sorprendiese; y hasta la mañana siguiente en que se advirtió la ausencia de Margarita, permaneció la buena Gertrudis sujeta al lecho, pues entonces yéndola á buscar para informarse, la hallaron en tan molesto estado, y supieron con asombro y dolor la maldad del fingido Adolfo y verdadero Alberto.

CAPITULO IX.

CONCLUSION.

Adolfo con aprobacion de su padre y del baron de Steenhausen, á quien lograron fácilmente aplacar, sirviendo mas que todo para obligarle á perdonar á Alberto la calidad de cruzado que concurria en él, y en el concepto del baron equivalia á las satisfacciones mas completas; Adolfo, repito, envió á Everardo al castillo feudal de Oosterwold, habitacion de Alberto, adonde juzgaba que probablemente se habria retirado, entre-

gándole una carta concebida en estos términos:

»Si el dia 24 de Agosto amaneció para la destruccion de la »maldad y del error, no para la »destruccion de la amistad. Adol»fo jamás ha dejado de acordarse »que es amigo de Alberto. Si ha »sido ofendido, sabe perdonar las »ofensas ocàsionadas por el amor, »y conoce ser unas mismas las in»clinaciones de entrambos. Os »prometo olvidar mis resentimien»tos; mas van anejas á mi perdon »las condiciones siguientes: vol»ved sin detencion á hacer la feli»cidad de una esposa bella, jóven »y amable que os adora, y que sin

»vos queda víctima de la desgra»cia y de la muerte. Volved al se»no de una familia, que no ve en »Alberto sino el héroe de Damie»ta, el honor de los cruzados y el »amigo de = *Adolfo*."

Esta generosa carta produjo el efecto deseado: Alberto no carecia de un fondo de bondad y honradez apreciable: la pasion le ofuscó y arrastró á los excesos mas culpables; mas los golpes del cielo abriéronle finalmente los ojos; vió con horror el cuadro de sus crímenes, y resolvió espiarlos á toda costa. A esta sazon llegó la carta de Adolfo, y su noble y generoso contenido acabó de inspi-

rar el arrepentimiento mas sincero al estraviado Alberto.

Antes que esto sucediese, habíase publicado por Steenhausen y sus cercanías, y aun llegado á paises mas distantes la maravillosa historia del hombre invisible. Tanto el baron de Steenhausen como el padre de Adolfo, Gertrudis, y sobre todo la hermosa Margarita, sin exceptuar la apasionada María y su anciano mentor Salah estaban impacientes por saber los misterios de las ruinas de Munsterhall, y los sucesos que habian obligado á Adolfo á encerrarse en aquellos escombros por tanto tiempo. Dados algunos dias al descan-

so de tantas fatigas y zozobras, reconvino el baron á Adolfo con la palabra dada desde el principio de satisfacer su curiosidad. El jóven cruzado se dispuso con gusto á complacer á aquella noble compañía, y reunidos en un lugar los personages interesados en la historia, la refirió brevemente Adolfo de esta manera:

— »Poco os molestaré la atencion con la relacion de mis sucesos. Everardo os informó ya de los que precedieron y acompañaron á la espedicion, y con especialidad al asalto de la torre del Nilo. En efecto cuando me separé de Everardo, y en compañía de Alberto

bajé la escalera persiguiendo á los fugitivos, no advertí que en lugar de mis compañeros bajaban tras nosotros algunos sarracenos que aun habian quedado en la plataforma, y huian asimismo del hierro del vencedor; de suerte que nos fue absolutamente cortada la comunicacion con nuestra gente. Llegados á una pieza capaz que estaba á mitad de la torre con algunas ventanas al rio, conocí el riesgo en que me habia metido inconsideradamente, y asi resolví vender cara mi vida, y volviéndome á Alberto: valor, intrépido amigo, esclamé, y muramos como valientes. Cayeron algunos sarrace-

nos á los golpes de nuestra desesperacion; pero mientras me batía con dos de los mas arrojados por el frente, no advertí que Alberto habia caido herido, y estaba ya incapaz de defenderse. Creyéndome resguardado por aquella parte, continué peleando, hasta que uno de los enemigos sorprendiéndome por el flanco, me descargó tan furioso golpe sobre el casco, que me hizo caer en tierra aturdido, y perdido el conocimiento. Creyendo me habian muerto, me arrojaron al rio por una de las ventanas; mas yo nada puedo decir de mí, hasta el punto que recobré los sentidos. Mi primer mo-

vimiento fue un suspiro que quise dar para dilatar el pecho; mas no pude verificarlo, porque con la aspiracion me entró repentinamente un torrente de agua por la boca y narices. En medio del susto y agonía conocí que estaba en el agua, y adiviné el motivo; mas la agitacion comunicó á mis miembros un movimiento convulsivo á favor del cual subí involuntariamente á la flor del agua. Entonces respirando el aire acabé de serenarme; mas no se me ocultó lo inminente del peligro en que me hallaba. En medio del caudaloso Nilo, vestido de una pesadísima armadura, debilitado por las heridas

y pérdida de sangre, y maltratado sin cesar con los golpes de maderos, tablas y fragmentos de barcos, poca esperanza me quedaba de salvarme, y la distancia de la ribera me desanimaba aun mas, pareciéndome imposible ganarla á nado. La vida es naturalmente amable; mas no era la muerte en sí misma la que en tal conflicto se me hacia terrible. Una muerte gloriosa recibida en la torre al impulso del brazo enemigo fuera el colmo de mi dicha; mas una muerte ignoble y obscura entre las horrorosas agonías de la desesperacion era para mí la mas cruel y espantosa. En tan apura-



do lance me acordé de Dios, y en mi corazon le dirigí con el mayor fervor la deprecacion siguiente: Señor, sabeis que solo me hace horrible la muerte el no recibirla con gloria: concededme la vida, y libradme de este peligro á fin de poder serviros mas largo tiempo contra los enemigos de vuestra fe, y os juro sacrificaros durante un año lo mas amable á mi corazon que es la gloria militar; permaneciendo oculto y desconocido de todos y hasta de mi padre en todo este tiempo, y dedicándome á las austeridades de la vida solitaria (1).

1 En las historias de la edad media

Oyó el cielo mi súplica: un grueso madero venia hácia mí flotando sobre el agua: las hinchadas ondas del Nilo le comunicaban un balance muy semejante al de las embarcaciones, y al llegar junto á mí siguiendo la caida de una ola, bajó la extremidad que pudiera llamarse su proa, y adelantando al mismo tiempo se puso debajo de mi cuerpo, el cual al elevarse, levantó sin dificultad, y me hallé

y en especial de las Cruzadas se leen votos semejantes, hechos con bastante frecuencia; asi este que es el principio y ocasion de los misterios de esta novela, se funda en un hecho que no es sino muy verosímil.

afortunadamente navegando por el Nilo en el bajel que me depasó la Providencia. Entonces á pesar de mi debilidad pude aunque con trabajo ganar la orilla en un parage retirado, donde comenzando á cumplir el voto, me despojé de mi rica armadura, y como no estaba muy distante el campo de batalla, me fue fácil encontrar un soldado muerto, cuyo casco y coraza tomé poniéndole los mios, y asi pudo tomar cuerpo con algun fundamento la noticia de mi muerte, ayudando al engaño el estar el cadáver sumamente desfigurado. Mas nunca conocí el precio y dificultad de mi voto, como cuando á lo

lejos descubrí el campo cruzado y las torres de Damieta, y á nuestras tropas batiéndose denodadamente con los infieles. La sangre me ardia en las venas deseando volver al combate; mas híceme violencia, y juntándome á una partida de alemanes que iban á dar á Europa las primeras noticias del feliz suceso de nuestras armas, con nombre supuesto me embarqué, y despues de un viage feliz tomó tierra en Hamburgo. De alli vine al sitio que habia destinado para mi retiro y fueron las ruinas de Munsterhall que tenia bien conocidas, y escogí con preferencia por estar mas cerca de

mi Margarita, y velar en la conservacion del precioso tesoro de mi corazon. Dediquéme á socorrer los infelices aldeanos de la comarca sin manifestarme, á cuyo fin variaba de disfraces para evitar me reconociesen por el vestido. Asi dejaba en las casas el socorro necesario, y viéndome por casualidad algunos en las inmediaciones creyeron ser el confidente y dispensador de las limosnas de un ser á quien llamaban el invisible. Efectivamente cuantas veces intentaron sorprenderme quedaron burladas sus esperanzas; pues teniendo bien conocidas las comunicaciones del arruinado monasterio, érame muy

fácil ocultarme, y no pocas veces anduve mezclado con ellos como uno de los esploradores, sin que les ocurriese podia ser yo á quien buscaban.

»Oyendo una noche pisadas de caballos en el bosque inmediato, salí á reconocerle no dudando serian caminantes estraviados. Percibí voces de dos personas que hablaban en voz baja, y eran el anciano Salah que está presente y la hermosa María. Solo pude oir á esta señora pronunciar la palabra: *él es*; y cesó absolutamente el diálogo. Mas en aquel instante por distinto lado sonaron igualmente pisadas de caballos, y con gran

sorpresa mia reconocí la voz de Alberto y de su escudero Astolfo. Admirado de verle en tal lugar, y á semejantes horas, cuando le creia víctima de los infieles, me acerqué presuroso para enseñarle el camino y lograr sin descubrirme noticias sobre tan estraña novedad: su pregunta resuelta me chocó, y le contesté con algo de sequedad; mas finalmente le indiqué el camino, y por una senda mas corta le precedí al monasterio. Oí en aquel tiempo estruendo en la iglesia, y pasé á reconocerla, dejando antes escrito sobre la mesa un papel, convidando á Adolfo y su escudero con la hospitali-

dad. Las pocas palabras que le oí en el bosque me impusieron al instante en todo el secreto y motivo de su venida; y por eso añadí al fin del billete: no vayas á Steenhause, pues allí está la muerte. No hallando en la iglesia el orígen del estruendo que acababa de sonar, pasé á las habitaciones superiores. Mas entretanto Alberto y Astolfo pasmados del contenido del billete, y no pudiéndose persuadir á que fuese efecto de penetracion sobrenatural, quisieron reconocer las ruinas. Fueron en derechura á la iglesia en donde les llamó la atencion la abertura y bajada al panteon, y trataron de

hundirse en el subterráneo. Salah y María extraviados tambien en la selva dieron finalmente en el monasterio donde entraron á descansar hasta la mañana. Temiendo fuese madriguera de ladrones, creyeron ser el lugar mas seguro para su breve reposo el panteon. María rendida del cansancio se recostó sobre la última grada de la escalera, mientras Salah le guardaba el sueño; y á este tiempo aparecieron en lo alto Alberto y su escudero. Iba ya aquel á violentar el paso, cuando yo que espiaba los movimientos de todos me presenté á interrumpirle, y llamar su atencion. Asi se verificó,

y entretanto Salah, que habia de antemano reconocido la comunicacion del panteon por el otro lado tuvo tiempo de coger á María en brazos y salir á las otras habitaciones. Entonces fui yo mismo á encontrarlos, y me descubrí por dueño de aquel lugar; mas sin darme á conocer por mi nombre, retirélos á una pieza distante y fuera del alcance de las mas escrupulosas pesquisas; y volví á la choza á repetir por escrito á Alberto la intimacion de alejarse de Steenhausen.

»Voy á daros cuenta de la circunstancia notable que ha debido causar maravilla á cuantos hayan

tenido noticia de ella. El asalto de la torre del Nilo se verificó en un viernes 24 de Agosto, dia de San Bartolomé, y en aquel mismo hice el voto de vivir un año desconocido, y debí al prodigioso favor del cielo la conservacion de la vida. Era por consiguiente el destinado al fin del cumplimiento de mi voto, y á esta circunstancia aludian las amenazas á Alberto y las esperanzas al baron y Margarita, relativas al fin de los errores del primero y de los trabajos y dolores de los segundos.

»La temeridad de Alberto le puso á riesgo de perecer debajo de las ruinas del arco de la escalera,

intentando subir por ella: al espantoso estruendo del fracaso acudí á socorrerle temiendo lo que pudiera ser: oí la invocacion de Astolfo, y le marqué la direccion para salir de aquel sitio, de donde se alejó, persuadido á que dejaba á su señor muerto y envuelto en los escombros. Con mucho trabajo aparté algunas piedras, guiándome el fatigoso resuello de Alberto oprimido con el enorme peso de las losas, y al cabo de muchos esfuerzos logré librarle del riesgo, pues afortunadamente los golpes y contusiones eran de poca consideracion. Dile en voz baja las mismas órdenes que á Astolfo, y par-

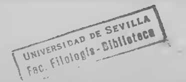
tió á encontrarle. Fue estraordinario el pasmo de Astolfo al ver entrar en la choza á su señor á quien lloraba por muerto: oyó con placer las obligaciones que ambos debian al invisible, y yo creí haber producido su efecto mis amenazas misteriosas, cuando á la mañana siguiente les vi tomar un camino diferente del de Steenhausen. Pero mudé de opinion cuando supe haberse recibido aqui la noticia de que el fingido Adolfo vivia, y estaba para llegar de un momento á otro. Omito las dolorosas reflexiones que me ocasionó este suceso, pues entonces ya Maria me habia referido su historia y

relaciones con Alberto. Este llegó como sabeis, y se procedió á los preparativos de la boda. Tampoco ignorais el medio de que me valí para impedir se efectuase, enviando á Salah con órden de entregarle una carta, en que, en nombre de María le anunciaba estar resuelta á hacer valer sus derechos ante los tribunales, sino desistia de su criminal enlace. Alberto muy distante de creer á su esposa en aquel pais quedó turbado, y renunció solemnemente á la mano de Margarita. Paso en silencio los desagradables sucesos que siguieron á éste, y que no ignorais. Yo fuí, continuó Adolfo vuelto al ba-

ron de Steenhausen, el aldeano que os condujo á reconocer el monasterio y de antemano puse la carta en la mesa, para preveniros de la inutilidad de vuestras pesquisas tocante á Salah. La barba crecida, el sombrero alicaido, la cutis tostada me desfiguraron lo bastante para no temer ser conocido, como sucedió, ni introducirme frecuentemente en este castillo sin dar nota, ya como aldeano, ya como cruzado viagero, en cuyo trage penetré hasta la puerta de la habitacion de Margarita, habiendo tenido noticia de su indisposicion el dia de la llegada de Everardo; y en el de aldeano la tarde de la lle-

gada de Alberto. Mi amigo es perdonable en parte ; creyéndome muerto, no podia emplear mejor sus atenciones que en la señora del corazon de su amigo. Solo siento no haya hecho justicia á vuestras gracias, hermosa María; mas su error ha sido momentáneo: perdonadle y sed felices, pues la vuestra es necesaria para el complemento de mi ventura."

Asi habló Adolfo y todos quedaron en agradable suspension, efecto de los pasmosos acaecimientos del invisible, cuya virtud y prerogativa cesó para bien de todos el célebre 24 de Agosto. Solo restaba saber los sucesos de Alber-



to, pues era claro haber sido fingida toda su relacion hecha cuando llegó á Steenhausen. Poco despues el mismo Alberto los refirió, y en substancia fue lo siguiente.

»La amistad entre Adolfo y Alberto obligaba al primero á nada tenerle oculto. Comunicóle sus amores con Margarita, enseñóle el retrato, y se lo hizo tan vivo y fiel de sus gracias y belleza, que Alberto quedó perdidamente enamorado. Encarecióle sobre todo el inestimable favor del anillo; y esto bastó para que Alberto perdiese la paz, y no pensase ya sino en los medios de lograr á Margarita. Pero el asalto de la torre, si por

una parte le dió á creer podia sin delito aspirar á su posesion, pues vió caer á Adolfo en el suelo al impulso de un golpe de maza, le privó de verificarlo por entonces, pues lleno de heridas cayó prisionero en poder de los infieles, quienes en compañía de Astolfo su escudero y de algunos otros le llevaron al Cairo, y le destinaron al servicio de Hoskendam, una de las hijas de Saladino, y hermosura célebre en todo Egipto. Ver ésta á Alberto y enamorarse fue obra de un momento; siendo viva y ardiente declaró su pasion al esclavo cruzado, y este esperandó por tal medio alcanzar libertad, no

dudó corresponder á su amor. La apasionada amante hizo aun mas: viéndole detenido en darle la mano de esposo por motivo de religion, renunció á su falsa secta, y se bautizó. Dispuso su fuga, y no sin atropellar por varios é inminentes peligros se embarcaron, y tomaron tierra en Europa. Mas Alberto que llevaba en su corazon la imágen de Margarita, no dudó vender y abandonar á su esposa, como lo efectuó en Marsella donde desembarcaron, partiendo sin detencion á Steenhausen á engañar á Margarita fiado en la maravillosa semejanza que habia entre él y Adolfo, pues muchos los con-

fundian fácilmente; y persuadiéndose á que la desemejanza entre sus facciones podia atribuirse á la influencia del clima, viages, y fatigas de la guerra. María viéndose abandonada siguió el consejo del anciano Salah que la acompañaba, y resolvió seguir á su pérfido esposo. Felizmente tomó lengua tan á tiempo, que supo con individualidad noticias de él en todos los lugares de su tránsito. Junto al monasterio de Munsterhall llegaron á reunirse, pues siguiendo el mismo camino, se estraviaron ambos en el bosque. Ella fue la que profirió las palabras *él es*, habiéndole conocido en su diálogo con Astol-

fo, quien depositario de los secretos y perfidia de su señor, y aun confidente antiguo de sus amores con María, se tomaba sobrada franqueza con él, segun se vió en el segundo capítulo de esta obra.

No pudiendo imaginar Alberto fuese el invisible el verdadero Adolfo, á quien suponia ahogado en el Nilo, le tuvo mas bien por otro secreto amante de Margarita, y los avisos misteriosos no le hicieron mudar de resolucion. Salió de Munsterhall á fin de tomar las disposiciones convenientes á sus miras, y á dar visos de verdad á su superchería. Puso en el dedo un anillo igual al que regaló

Margarita á Adolfo; borró con destreza los principales trozos de un retrato, que fue el que enseñó al baron como si fuese el de Margarita, que fingió haberse borrado cuando cayó en el Nilo. Para evitar ser conocido por Everardo y por el padre de Adolfo, únicos capaces de descubrir por el pronto la traicion, escribió al primero, como vimos, una carta, convidándole á venir á buscarle, imitando la letra de Adolfo que tenia bien conocida. Everardo cayó en el lazo: salió de Steenhausen, y fue sorprendido por gente pagada de Alberto, que le condujo preso á un cas-

tillejo distante, feudo del mismo. Practicó con el padre de Adolfo igual violencia, mientras salia solo á pasear á caballo por las cercanías de su castillo de Denkrost; y ambos permanecieron presos hasta que ganaron á uno de sus guardas, quien no solo les facilitó la fuga, sino les informó del motivo de su prision. Era la intencion de Alberto ofuscado por su pasion, descubrirse despues de celebrado el matrimonio, no ocurriéndole la nulidad de su adúltero enlace; mas inutilizó su plan el prodigioso habitante de Munsterhall. La casualidad reunió junto á estas ruinas al padre y escudero de este con

su llorado hijo, y confundió al estraviado Alberto. Este huyó la vista de los testigos de su crímen; mas reconocido, volvió á los brazos de su esposa que le perdonó generosamente, y vivió feliz con él en compañía del anciano Salah, quien finalmente convencido de la falsedad de su secta, recibió el bautismo y murió á poco tiempo.

Adolfo se unió á Margarita: el cielo bendijo tan fausto enlace: no interrumpió la ceremonia algun guerrero desconocido. Gertrudis lloró de alegría; el baron de Steenhausen abrazó á sus hijos, diciendo á Adolfo: os dis-

penso ya de predicar mi Cruzada; solo exijo me deis héroes que combatan en ella.



NOVELAS PUBLICADAS EN ESTE MISMO TAMAÑO.

La primera coleccion se compone de

	Precios. Valencia.	Provinc.
La *Familia de Vieland*, ó los *Prodigios.* 4 tomos en pasta.	48	52
Carvino, ó el *Hombre prodigioso.* 1 tomo en pasta.	12	13
Anita y el *Pícaro de opinion*, por *Lafontaine.* 2 tomos en pasta.	24	26
Elena y *Roberto*, ó los dos *Padres*, por *Madama Genard.* 2 tomos en pasta. . , ...	24	26
Herman y *Dorotea*, del célebre *Goëthe.* 1 tomo en pasta. . .	12	13
Las *Pasiones del Jóven Verter*, del mismo autor. 1 tomo pta.	12	13
Zunilda y *Florvel*, ó las *costumbres de Suecia*, por *Segur.* 1 tomo en pasta.	12	13
Los *Placeres de la Mesa*; ó el *Arte de Comer*, con un tratadito del *Arte de Trinchar.* Este poema es único en nuestro idioma, y digno de ocupar el estante de un literato, aunque no sea gastrónomo ni		

regalon. 1 tomo en pasta. . .	12	13
Corina en Italia, por *Madama Staël*. 4 tomos en pasta. . . .	50	54
Julia, ó los *subterráneos del castillo de Mazzini*. 2 tom. pta.	24	26
La *Sacerdotisa peruana*, ó *Reinaldo y Elina*, novela indiana. 1 tomo en pasta.	12	13
Ricardo y Sofía, ó los yerros del amor. 2 tomos en pasta..	24	26
La segunda.		
El *Solitario del monte salvage*, por el *Vizconde D'Arlincourt*. 2 tomos en pasta.	24	26
La *Extrangera*, ó la *Muger misteriosa*, del mismo autor. 2 tomos en pasta	24	26
Aventuras del último de los Abencerrages, por *Chateaubriand*. 1 tomo en pasta.. . .	10	11
El *Caballero del Cisne*, ó los *Bandos de Castilla*, novela española, por *Lopez-Soler*. 3 tomos en pasta.	36	40
Barba Azul, ó la *Llave encantada:* coleccion de cuentos para niños y abuelitas. 1 tomo pta.	12	13

Amor y Religion, ó la *Jóven Griega*, novela histórica. 1 tomo en pasta.	12	13
Orosman y Zora, ó *la pérdida de Argel*, novela histórica. 1 tomo en pasta.	12	13
Amor y Virtud, ó las *cinco novelas*. 1 tomo en pasta. . . .	12	13
Sales Cómicas, agudezas y rasgos de imaginacion de autores españoles y extrangeros. 1 tomo en pasta	12	13
El *Juramento de no amar*, ó *las tres Amigas*. Novela traducida del francés. 2 tomos en pasta.	24	26
El *Amor* y la *Muerte*, ó la *Hechicera*: por el Vizconde D'Arlincourt. 1 tomo en pasta . .	12	13
Las *Ruinas de Santa Engracia*, ó *el sitio de Zaragoza*, novela histórica original. 2 tomos en pasta.	24	26
Teodora, *Heroina de Aragon*, ó *memorias del coronel Blok*. Episodio para la historia de la guerra de la independencia. 1 tomo en pasta	12	13
Aventuras de *Safo* y *Faon*. 1 to-		

mo en pasta	12	13
La *Sacerdotisa druida* y las *ruinas de Persépolis*. 1 tomo pta.	12	13
Alfonso, ó el *Hijo natural*. 2 tomos pasta.	24	26
Las *Madres rivales*, ó la *Calumnia*. Por MAD. GENLIS. 4 tomos en pasta	52	56
El *Corsario*. Por Lord Byron. 1 tomo pasta	12	13
El *Pirata generoso*. 1 tomo en pasta	12	13
El *Hombre invisible*, ó las *Ruinas de Munsterhall*: novela histórica original del tiempo de las Cruzadas. 1 tomo en pasta.	12	13

Esta novela y las que componen la coleccion se hallan venales en las librerias siguientes.

Valencia. *Cabrerizo.*	Pamplon. *Longás.*
Madrid... *Calleja.*	Zaragoza. *Polo.*
Toledo.... *Hernandez.*	Calatayud *Larraga.*
Cuenca.... *Feijóo.*	Barbastro *Lafita.*
Cadiz...... *Hortal.*	Barcelona *Sierra.*
Sevilla.... *Vazquez.*	Tarragon. *Berdeguer*
Granada. *Puchol.*	Tortosa... *Puigrubi.*
Córdoba.. *Berard.*	Reus....... *Sanchez.*
Jaen....... *Carrion.*	Murcia.... *Benedito.*
Málaga.... *Carreras.*	Orihuela. *Berruezo.*
Badajoz... *Passini.*	Alicante.. *Itier.*
Salamanc *Blanco.*	Cartagen. *Benedito.*
Coruña ... *Calvete.*	Palma..... *Guasp.*
Santiago. *Romero.*	Cáceres... *Burgos.*
Burgos.... *Villanueva.*	Oviedo.... *Longoria.*
Valladol.. *Roldan.*	Orense.... *Pazos.*
Bilbao..... *Garcia.*	Ferrol..... *De Tejada*
Vitoria ... *Barrio.*	Habana... *Ramos.*
Santand.. *Riesgo.*	Puerto-Ric. *Echeveste.*